

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL CLUB DEL CRIMEN

Curtis Garland



SS

**SERVICIO
SECRETO**



CURTIS GARLAND

EL CLUB DEL CRIMEN

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.485
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 64-02-02513-7

Dépósito legal: B. 38.028 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1979

© Curtis Garland - 1979

texto

© Desilo - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1979

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.481 - Contrato para un asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

871 - Proceso a una dama ciega.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba hecho.

El hombre yacía frente a él. Sangraba su cabeza. Los ojos, vidriados e inmóviles, la boca contraída. También corría sangre por la comisura de sus labios. El cuerpo se había quedado encogido, crispado en un ángulo del viejo y sombrío embarcadero.

Lee Warren permanecía quieto, como aturdido. Igual que si hubiese recibido un mazazo en pleno cráneo. Sus dedos aún aferraban el gollete de la botella rota. Los fragmentos de vidrio color caramelo, yacían dispersos en derredor del cuerpo sangrante. Algunos trozos se veían entre los cabellos canosos de la víctima, manchados con el rojo de la sangre. El estallido de la botella habíase producido solamente unos momentos antes. Ahora, todo había terminado.

El exinspector Alan Treadwell había caído bajo un golpe homicida. Un caso evidente de legítima defensa, puesto que la víctima aún llevaba aferrada entre sus dedos el arma con que intentara intimidar a su agresor en el viejo muelle oscuro y solitario: una pistola automática «Beretta», calibre 32. Ni siquiera había llegado a ser utilizada.

Pero en el aire quieto, húmedo y algo frío, a la orilla del oscuro y sucio Támesis, aún parecían flotar las últimas palabras del antiguo policía, ya jubilado:

—Lo siento, Warren. Tendrá que pagar lo que le he pedido. Necesito dinero. La jubilación es escasa, y yo tengo gastos. Serán solamente mil libras. No es demasiada cantidad para un detective privado falto de escrúpulos, como usted. Pague, y todo esto se habrá olvidado definitivamente. Recuerde que yo tengo acceso a los archivos de Scotland Yard. Mejor dicho, lo tuve. Y el inspector Gregson, de la División de Homicidios, es buen amigo mío. Me ayudará, si yo se lo pido, a cavar la tumba de un sucio detective

privado que, como usted, tiene cosas que ocultar a la ley. Elija. Y pronto, amigo. Su tiempo se acaba. Mi paciencia acostumbra a ser muy escasa.

Cuando Lee había respondido escuetamente su decisión, las cosas se habían precipitado:

—No, Treadwell. No pagaré a un expolicía corrompido como usted. Lo siento.

Entonces, había surgido el arma en la mano de Treadwell. Y los dedos de Lee Warren habían aferrado la botella que acababa de vaciar, depositada sobre un barril de lubricante cercano.

Lo demás, había sido rápido. Muy rápido.

El grito airado de Treadwell, en primer lugar:

—¡Le voy a agujerear su cochina piel, y a denunciarle luego al Yard!

Inmediatamente, el arma se alzó. La botella también. Y cayó.

La botella fue más rápida. Estalló en la cabeza canosa del exinspector Treadwell. Éste vaciló. No llegó a disparar. Desorbitó sus ojos, boqueó. La sangre empezó a correr por entre sus cabellos y se deslizó por su rostro crispado.

Finalmente, el drama terminó. Cayó ante Lee Warren. Se quedó quieto. Su rostro tenía reflejada la imagen misma de la muerte.

Así de rápido había sido todo. Lee Warren respiró hondo. Pareció reaccionar de una profunda impresión que le sobrecogía. Soltó el gollete de vidrio astillado. Miró a ambos lados del sombrío embarcadero.

Nada. Nadie. Ni un ruido. Ni una voz. Ni un testigo. No se veía absolutamente a persona alguna. El único rumor perceptible, era una lejana sirena de un remolcador. Y el roce de una embarcación en las oscuras aguas.

El homicida no vaciló. Se encaminó a donde yacía el hombre muerto. Lo tomó por los brazos. Arrastró el cuerpo hacia la orilla. Antes, despojó al caído de su cartera y documentos capaces de identificarle fácilmente. Lo guardó todo, y siguió la tarea. Cuando tuvo junto a la orilla al hombre inerte, se aproximó a un cajón que, a juzgar por su gesto cuando lo arrastró, pesaba considerablemente. Lo ató al hombre sangrante, sujetando bien la cuerda a sus axilas. Luego, lanzó a las aguas a su víctima, sujeta al pesado fardo que parecía contener herramientas metálicas o algo semejante. Las

aguas burbujearon. Engulleron el cuerpo y su lastre rápidamente.

Pero una décima de segundo antes, un fogonazo había brillado de súbito en el embarcadero, a espaldas de Lee Warren.

Éste se volvió, con gesto de sobresalto. Otro nuevo fogonazo, de vivo color azul, centelleó en la noche. Era justamente cuando caía al agua el cuerpo de la víctima.

—¿Qué diablos...? —comenzó Lee, aferrando de nuevo la botella astillada, con un violento gesto de ira.

—Quieto —silabeó una voz, procedente de la oscuridad—. Será mejor para usted.

Y un par de faros le envolvieron en un haz deslumbrante de luz, cegándole.

Un automóvil estaba detenido frente a él. De él surgía la luz de los faros. Y también de su ventanilla delantera, habían surgido los dos resplandores azules. Captó la presencia de un hombre con una cámara fotográfica dotada de potente *flash*. Las fotografías logradas debían de ser nítidas.

Y le presentarían a él en el momento de arrojar al agua del Támesis el cuerpo de un hombre ensangrentado, sujeto a una pesada caja de embalaje.

—¿Quiénes son ustedes? —rugió Lee Warren, con expresión de hombre acosado—. ¿Qué pretenden?

—No haga preguntas. No está en situación de ello. Acérquese. No suelte esa botella rota. Pero no intente utilizarla contra nosotros. Hay un arma de fuego que le está encañonando ahora. Es silenciosa, pero mataría a un buey a esa distancia, no lo dude.

Lee Warren no podía dudarlo. Al hacer pantalla con su mano zurda, para eludir el cegador destello de los faros, vislumbró por la ventanilla opuesta la presencia de la mano de un hombre, empuñando una poderosa «*Parabellum*» con tubo silenciador, encañonada directamente sobre él.

—Está bien —alzó sus brazos—. Me entrego. ¿Son esbirros del maldito Treadwell?

—Ya le dije que no hiciera preguntas —sonó hueca la voz—. Venga acá. Y recuerde: no suelte ese fragmento de botella. Tráigalo consigo. Obedezca. No nos costaría mucho agujerearle de un balazo y tirar su cuerpo también al río. ¿Lo duda?

Una pausa. Lee Warren parecía sopesar las circunstancias en que

se hallaba. Al fin, negó con la cabeza, avanzando lentamente a la luz de los faros.

—No —confesó—. No lo dudo. Está bien. Voy hacia allá. No disparen. Me entrego. Pero el maldito Treadwell está bien muerto. Era un cerdo. Un sucio chantajista, un policía indigno. Tuvo la muerte que se merecía.

Llegó junto al coche. Era un negro «Rolls», digno de un magnate. Dos hombres ocupaban el asiento delantero. El que lo hacía ante el volante, esgrimía la cámara fotográfica. Era una máquina japonesa, moderna, instantánea y sofisticada. Seguro que la fotografía debía de ser excelente. Toda una prueba contra él.

Al otro lado, se hallaba el hombre de la «*Parabellum*» silenciosa. Ambos vestían de oscuro, con gorra. Era como un uniforme. Pero no eran policías.

—Suba —invitó el de la cámara, ocultando ésta en su asiento. Alargó hacia él una mano enguantada—. Deme antes ese gollete roto.

Lee Warren obedeció. El trozo de botella fue a parar a manos del chófer. Los dedos enguantados de éste lo tomaron con cuidado. Lee observó que envolvían la pieza en un amplio pañuelo, y luego pasaba el envoltorio a una funda de plástico.

—Vamos, suba —insistió, irritado—. Atrás. Nos vamos.

Lee Warren no parecía capaz de hacer otra cosa que obedecer. Abrió la portezuela. El interior estaba muy oscuro. Especialmente, viniendo del cegador destello de los faros.

—Entre —invitó otra voz desde el interior del asiento trasero—. ¿Lleva armas?

—No —negó Lee—. Tengo un expediente pendiente en el Yard. Una irregularidad en mi trabajo. Me quitaron el arma de fuego. Usted debe saberlo.

—Pues no, no lo sé —unas manos, surgiendo de la sombra, recorrieron su cuerpo con rapidez y pericia, comprobando que ni siquiera en los calcetines ocultaba arma alguna. Tras un resoplido, la voz siguió—: Está bien, veo que no miente. Siéntese.

Lo hizo. No le era posible ver al hombre sentado dentro del «Rolls Royce». Pero se acomodó a su lado, con un suspiro de alivio. El vehículo arrancó.

—Éstos no son métodos regulares —hizo notar Lee con tono

astuto—. Ustedes no son policías.

—Muy listo —rió una voz sorda junto a él, en las sombras—. ¿Qué piensa que somos, entonces?

—No lo sé. Pero hay algo en todo esto que no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Es puro instinto. Pero no me gusta.

—Sería peor que fuésemos del Yard. Es un caso evidente de homicidio. La muerte de un exfuncionario de policía. El cadáver, arrojado al río. ¿Qué le pasaría, si en el Yard supieran todo eso?

—Es fácil imaginarlo. ¿Por qué lo pregunta? —Lee escudriñó las sombras del coche, tratando de vislumbrar algo más que el negro bulto del hombre con abrigo acomodado a su lado. Captó un perfil agudo, una nariz halconada, un sombrero hongo, típicamente británico, y un bastón o paraguas apoyado en el suelo del vehículo.

El «Rolls» rodaba a buena velocidad, bordeando el río, hacia el norte de la ciudad, posiblemente buscando el Vauxhall Bridge, para pasar al centro urbano, a la altura de Westminster por su lado sur.

—Por nada —suspiró la voz del hombre misterioso—. Creo que tenemos que hablar usted y yo, señor Warren.

—¿Conoce mi nombre?

—Conozco muchas cosas de usted —rió el desconocido—. ¿Cree que, de otro modo, hubiera estado en el lugar preciso, en el momento preciso? Con un hombre como el exinspector Treadwell, las cosas tenían que tomar inevitablemente un rumbo así. Era lo previsto.

—Lo previsto, ¿por quién?

—Por mí, naturalmente.

Lee Warren permaneció pensativo. Evidentemente, la seguridad y sangre fría del hombre sentado a su lado, podía impresionar a cualquiera, incluso a un hombre curtido como era él.

—Y usted... ¿quién es? —Trató de contraatacar débilmente.

—Yo soy quien, de momento, hace las preguntas —silabeó el hombre del «Rolls» con voz glacial—. A su debido tiempo lo sabrá todo. De momento, sólo quiero que me firme un documento. Eso es cuanto necesito.

—¿Qué clase de documento?

—Exactamente éste —en la penumbra se agitó un papel, crujendo suavemente. De súbito, la luz de una lámpara eléctrica

derramó su haz sobre el documento. Lee se inclinó a leerlo.

Lanzó una interjección. Alzó la cabeza. La luz de la lámpara se extinguió, y no llegó a ver claramente las facciones del viajero.

—Eso es una confesión en toda regla —jadeó.

—Claro —rió la voz del otro—. Lo es, señor Warren.

—¡La confesión de un asesinato!

—No. La confesión de un homicidio, simplemente. La calificación legal del mismo correspondería a un tribunal. Usted mató a ese hombre en defensa de su persona. Es lo que ahí dice. Lo demás, deberán decidirlo los demás, cuando a usted le procesen.

—Un proceso por matar a un expolicía, aunque fuese extorsionista y me amenazara con un arma, no resultaría demasiado bien para mí. Especialmente, teniendo malos antecedentes como detective privado en los medios policiales.

—Eso es asunto suyo —manifestó fríamente el otro—. Yo he sido testigo de lo que ocurrió. La cámara fotográfica, también. Mi testimonio podría ayudarle, pero está claro que no pienso presentarme ante tribunal alguno. Y las fotografías obtenidas, me temo que no le hagan demasiado favor... James. ¿Las tiene ya a punto?

—Sí, señor —respondió el compañero del chófer, que ahora sostenía las dos cartulinas fotográficas, en vez de la «*Parabellum*» con silenciador. Se volvió, entregándolas—. Aquí están. Han salido perfectas.

Lee Warren tuvo que estar de acuerdo en eso, apenas les echó una ojeada. Eran, en efecto, dos excelentes instantáneas, reveladas automáticamente, con un *flash* de gran potencia y alcance. En ellas, se veía con nitidez a Lee Warren, lanzando el cuerpo del policía jubilado a las aguas del río. Se veía sobre el barril de lubricantes, en primer término, el gollete de la botella de cerveza. También se apreciaban las manchas de sangre por doquier.

—Puede destruirlas, si quiere —rió el desconocido—. Esa cámara es un modelo especial, de reciente fabricación. No sólo revela instantáneamente, sino que mantiene en su interior otro negativo de reserva. De modo que puede guardar esas copias, como un recuerdo de esta noche.

—No, gracias —rechazó vivamente Warren, devolviendo las fotografías al compañero de viaje en el «Rolls Royce» negro—. Bien,

¿cuál es su intención?

—Ya lo sabe: firme ese documento. Es todo lo que le pido, de momento.

—Sería como ponerme en sus manos.

—Lo está ya. Recuerde las fotografías. Bastará que draguen el río y hallen el cuerpo del exinspector en el fondo, para que le arresten por homicidio.

—A cambio de esa confesión, ¿qué van a entregarme a mí?

—Las fotografías. Y los negativos, naturalmente.

—No habré ganado nada con ello —protestó vivamente Warren—. Con esa confesión, mi suerte sería la misma.

—Naturalmente. Siempre que me obligara a utilizarla en su contra.

—Si existe un medio de no utilizarla, ¿cuál es?

—Lo sabrá a su debido tiempo. Firme antes. No tiene nada que perder. Y sí mucho a ganar. ¿Qué decide?

—Esto cada vez me gusta menos —masculló Warren sordamente—. Todo resulta absurdo, sin sentido. ¿Qué pretende usted conmigo, exactamente?

—Nada malo —rió suavemente el hombre—. Firme, no sea tonto. Esto le libraré de la cárcel. Y quizá le abra unas puertas que usted jamás hubiera esperado...

Lee Warren no parecía demasiado convencido de eso. Pero súbitamente, firmó. Luego, soltó un resoplido.

—Ya está —dijo, desconfiado su tono—. ¿Y ahora... qué?

—Ahora, lo prometido —pausadamente, el documento se plegó, bajo la luz de la linterna, y volvió al bolsillo del enigmático caballero. En su lugar, la mano apareció, entregando a Warren una tarjeta de visita, al tiempo que el compañero del chófer, a una indicación de su pasajero, entregaba las fotografías y unos negativos de material plastificado, que Warren tomó con cierto alivio en su gesto. El desconocido proseguía—: Guarde esa tarjeta. Preséntese mañana, a las seis de la tarde, en la dirección en ella indicada. Eso será suficiente. Lo demás, es cosa mía. Y no tendrá nada de qué arrepentirse, se lo aseguro, señor Warren. Ahora, terminemos esto. Bob, detenga el coche. El señor Warren se marcha ya.

—Sí, señor —asintió el chófer, deteniendo el suntuoso automóvil en un punto de Millbank, cerca de la Galería Tate.

—No le costará encontrar un taxi en los alrededores —dijo la voz de su extraño «amigo». Buenas noches, señor Warren. Duerma tranquilo. El asunto está en buenas manos. Siempre que se porte con buen juicio, no tendrá que temer, se lo aseguro. Pero, sobre todo, no falte mañana en esa dirección. Si no comparece, a las siete en punto será enviada una fotocopia de esta confesión a New Scotland Yard. Elija, señor Warren...

Lee no dijo nada. Abrió la portezuela. Pisó la acera húmeda. La noche era oscura, y más en aquel punto. Sólo las luces de la Tate Gallery daban cierta claridad a la zona.

El «Rolls» negro se puso inmediatamente en marcha. Desapareció en la noche de Londres, dejándole solo en aquel lado del río. Lee Warren se quedó contemplando las luces traseras, hasta que desaparecieron.

Lentamente, Lee caminó por la acera, bajo las farolas del alumbrado callejero. A su alrededor, la ciudad se mostraba desierta y silenciosa, salvo la presencia esporádica de algún coche que pasaba con rapidez ante él. Pero de momento, ninguno de ellos era un taxi libre.

Se detuvo bajo una de las farolas de alumbrado. Un cercano escaparate y un luminoso, presentaban aún mayor claridad a aquel punto. Pudo leer con toda comodidad la tarjeta de visita del misterioso personaje.

Era breve, impresa con una elegante letra en relieve:

CLUB DEL CRIMEN
BERKELEY STREET, 28
MAYFAIR, LONDON W. 1.

—*Club del Crimen...* —musitó entre dientes Lee Warren—. Curioso lugar, sin duda...

A las seis de la tarde del día siguiente, sabría algo más sobre esa enigmática dirección.

En ese momento pasó un taxi libre y lo tomó. El rostro de Lee Warren era una máscara sombría y hermética cuando se acomodó dentro del negro vehículo, dándole las señas de su casa...

CAPÍTULO II

Partiendo de Piccadilly Street, Berkeley Street subía hasta la plaza recoleta de su mismo nombre, con tan acentuado sabor victoriano en su ambiente y en sus viviendas de puertas oscuras, bordeadas de claro, con los inevitables escalones de acceso y sus verjas laterales.

Aquella tarde, a las seis menos cinco minutos, lloviznaba persistentemente sobre Piccadilly y sobre toda la elegante y aristocrática zona londinense de Mayfair.

Lee Warren caminaba bajo la llovizna, protegido por su impermeable claro y su sombrero, sin importarle demasiado el azote de la ligera y tenaz lluvia londinense. Pasó ante agencias de viajes y negocios de venta de lujosos automóviles que, junto a bancos y financieras, ocupaban en su casi totalidad las dos aceras de Berkeley Street, hasta la esquina del Mayfair Hotel y su local nocturno anexo, El Beachcomber.

Dejó atrás todo eso. Las señas indicadas estaban ya casi en la propia plaza. Era una más de las casas oscuras victorianas, cuyas ventanas y puertas aparecían rebordeadas de blanco, en contraste con el tono pardo de la fachada.

Warren se detuvo ante la puerta número 28. Luego, miró a ambos lados de la calle, como si temiera verse sorprendido ante aquel edificio. Pero nadie prestaba la menor atención a su persona.

Observó una placa de bronce a un lado de la puerta, con la misma letra cursiva elegante, de la tarjeta de aquel desconocido. Sólo que allí se limitaba a indicar:

Club privado.

Obligatorio ser miembro para entrar.

Tenía un bello llamador de bronce muy limpio, pero obviamente

era sólo decorativo, porque había un timbre justamente bajo la placa escrita. Lo pulsó con firmeza, y esperó.

Cosa de treinta segundos después, la puerta se abrió suavemente, apenas un tercio de su abertura. Asomó un hombre alto, de frondosas patillas y rostro inmutable, vestido con librea de mayordomo.

—Lo siento, señor —dijo, monocorde, mirándole con cierto desprecio—. Éste es un club privado. No se admiten visitas.

—Me dieron esto —dijo Lee, poniendo ante él la tarjeta.

El rostro no reveló la menor emoción, pero los agudos ojos pequeños escudriñaron la cartulina. Se limitó a tomar la tarjeta, examinando algo en ella que a Warren se le había pasado por alto.

Solemnemente, se hizo a un lado y abrió del todo.

—Entre, señor —invitó—. Esto es diferente.

Lee obedeció, hallándose en un reducido vestíbulo. Observó que se alineaban muchas prendas de vestir en un guardarropa contiguo: abrigos, impermeables, gabardinas, e incluso chaquetones de piel. También había una hilera de sombreros diversos, paraguas y bastones. Todo indicaba la presencia de numerosos miembros del club.

—Sígame, señor —ofreció el sirviente, tras ayudar a quitarse sombrero y gabardina.

Le siguió, con aire intrigado. Todo allí era soberbio, sencillo y pulcro. Había limpieza, orden y elegancia en aquella casa. Los muebles, cuadros, cortinas y espejos, le hacían sentirse a uno en otra época, como si el túnel del tiempo le hubiese enviado directamente a la propia era victoriana.

No le hubiera sorprendido demasiado verse rodeado de caballeros de levita, chistera de reflejos y macferlán, de un momento a otro. Pero por el contrario, la sala a la que le condujo el mayordomo, le ofreció la presencia de unas personas totalmente normales, bien vestidas, y totalmente desprovistas de interés por su persona.

Era un amplio salón donde leían diarios, dormitaban o charlaban entre sí, en voz baja. Todos ellos eran de edad diferente entre sí y, a juzgar por sus ropas y aspecto, de muy variada condición social también, pese a que se comportasen con la misma corrección en aquel lugar.

—Siéntese, se lo ruego —le dijo el mayordomo, inclinándose brevemente—. Será servido enseguida. Yo le anunciaré al señor presidente de nuestro club, para que le reciba. El señor puede estar como en su casa.

Se alejó, sin hacer ruido con sus pasos. Warren miró a su alrededor. El murmullo de las voces de algunos de los presentes, el crujido de las páginas de los diarios, y el leve goteo de alguna copa en las mesas, era todo lo que se oía allí. Nadie turbaba el reposo de los demás.

Le sirvió el mayordomo, momentos después, el *brandy* solicitado. Luego, empezó a cerrar los ventanales, y encendió las luces que, aunque parecían ser globos de lámparas de gas, en realidad era eléctrica, para casi sorpresa de Warren, absorto en aquel clima extraño, indefinible, como de otro tiempo lejano.

—El señor presidente ya sabe de su presencia. Le recibirá enseguida —dijo el mayordomo con cierta sequedad, alejándose.

Lee no comentó nada. Tomó un sorbo de *brandy*. Era francés, y de excelente *bouquet*. Hojeó el *Times*, por matar el tiempo. No traía noticia alguna sobre el exinspector Treadwell, cosa que ya sabía, por haber hojeado antes los diarios.

—Caballeros, a las siete y media será servida la cena —anunció la voz del mayordomo desde la entrada, momentos más tarde—. *Lord Peter* confía en que su apetito sea excelente, porque hoy se presenta un nuevo miembro en el club, y la cena será algo especial. Pueden elegir sus aperitivos ya, si lo desean.

Y luego, pasando junto a Warren, se limitó a informarle:

—Sígame, por favor. *Lord Peter* va a recibirle ahora.

Lee se puso en pie, siguiendo al mayordomo con irresistible curiosidad. Los demás quedaron atrás. Por un espejo, pudo advertir que algunos le miraban ahora con cierta curiosidad algo morbosa, pero nadie hacía un gesto ni comentaba nada. Una espesa cortina granate cayó tras él, velándole la visión de la sala. Se encontró en un corredor, al final del cual, junto a una escalera ascendente, se hallaba una puerta cerrada. Sobre ella, en otra placa de bronce, se leía:

PRESIDENTE. NO ENTRAR

El mayordomo golpeó suavemente en la puerta con los nudillos.

Una voz suave ordenó desde dentro:

—Sí, adelante, por favor.

El mayordomo se hizo a un lado. Le mostró la puerta a Warren, y giró el pomo. Luego, se alejó, dejándole allí solo. Tras una indecisión, Warren empujó la hoja de madera y entró en un despacho confortable, de muebles pesados y caros. Densos cortinajes de terciopelo velaban todas las ventanas al exterior.

Un hombre erguido tras la mesa le dirigió una leve sonrisa, y le tendió su mano abierta. Una mano delgada, pálida, aristocrática.

—Buenas tardes, señor Warren —saludó la voz inconfundible—. Bienvenido a nuestro club, del que ya es usted miembro desde ahora...

Estrechó aquella mano, fría y delgada. Contempló al hombre. Sabía quién era: el mismo caballero misterioso del coche negro de la noche anterior. El hombre que le hizo firmar la confesión de un homicidio.

—Usted... —susurró Warren.

—Veo que me ha identificado —la sonrisa se amplió en aquel rostro anguloso, pálido y decadente, de ojos muy azules y cabellos muy rubios, salpicados ya con algunas hebras plateadas—. Mi nombre es *lord* Peter Dunham, y soy el presidente del Club del Crimen.

—El Club del Crimen... ¿Qué significa eso, *lord* Peter? ¿Quiénes son esos hombres que he visto ahí fuera, como si fuesen miembros del más distinguido club de Londres?

—Realmente, son miembros de este club, que es, si no el más distinguido, sí el más original y complejo de todo Londres, sin duda alguna. Porque sabrá usted, amigo mío, que todos esos caballeros que ha visto disfrutando de la hospitalidad amable de este club, son miembros de pleno derecho, como lo es usted ahora. ¿Y sabe por qué razón? Por una muy simple: porque todos ellos, *absolutamente todos*, son culpables de algún homicidio, crimen o asesinato, según quiera llamarlo o según señale la ley en sus tecnicismos jurídicos...

La copa de jerez era dorada y limpia. Lee Warren jugueteó con ella, sin dejar de contemplar las azules pupilas de *lord* Peter.

—Todos asesinos —repitió, tras el largo silencio, mientras los delgados labios del aristócrata apuraban lentamente el vino aperitivo—. Eso es lo que ha dicho, ¿no, *lord* Peter?

—Exacto. Eso es lo que dije.

—Parece imposible. ¿Cómo logró reunir aquí a toda esa fauna humana?

—Como le traje a usted, Warren —rió suavemente el presidente del Club del Crimen—. Es una especie de *hobby*. Hay quién colecciona sellos o bastones, o volúmenes raros o autógrafos valiosos. Yo tengo de todo eso, y no me satisface. Un día, se me ocurrió cambiar, ser coleccionista de algo mejor. Algo distinto. Algo nuevo, totalmente original.

—Y resolvió coleccionar... criminales.

—Eso es. Tengo ejemplares magníficos, créame.

—Le creo. Pero viéndoles sentados ahí fuera... uno diría que son miembros auténticos de un club señorial.

—Es una de las normas del club. La más severa: aquí, todos han de ser perfectos caballeros. Quien no lo es al llegar, recibe lecciones de ello. Usted no parece particularmente conflictivo en ese sentido. No es todo un *gentleman*, porque ningún investigador privado de segunda fila lo es. Pero tampoco es un rufián como Elmer Biggs, pongamos por caso.

—¿Elmer Biggs? —Pestañeó Warren—. Me suena ese nombre. Fue sospechoso de algo, de un doble crimen...

—Excelente memoria, Warren —sonrió *lord* Peter, tomando otro sorbo de *sherry*—. Sí, así fue. Doble asesinato y robo. Elmer Biggs iba derecho a la horca. Pero providencialmente para él, dos aristócratas intachables confirmaron que a la hora del doble crimen estaban con el sospechoso, a mucha distancia de Londres. La coartada era irrefutable, pese a todas las pruebas circunstanciales. Y Elmer Biggs salvó su cuello y su libertad. Ahora forma parte del club y es casi un caballero. Sabe que no puede hacerlo de otro modo. En mi poder está su confesión absoluta del doble crimen. Como no llegó a ser juzgado, podría aún terminar en el patíbulo, si se adopta de nuevo la pena capital. Si no... la prisión para toda su vida.

—Y, por supuesto, los dos «honorables» aristócratas que fueron testigos, también tendrán en sus manos sus respectivas confesiones de algo ilegal...

—Es usted un lince —rió de buena gana el aristócrata—. Así es, Warren. Los dos providenciales testigos en favor de Biggs, son, a su

vez, respectivamente, culpables de violación y homicidio el uno, y de la muerte de su esposa el otro, por medio de un veneno que no deja rastro y produce un simple ataque cardíaco. Los puede ver ahí fuera, hojeando el *Financial Times* o jugando una partida de ajedrez, que son sus dos grandes aficiones. Sus nombres son *sir* Alan Wilcox y *lord* Dorian Soul.

—Dios mío... —Lee Warren se enjugó la epidermis de su rostro, con gesto realmente impresionado—. Es monstruoso, *lord* Peter. Ha reunido usted aquí a unos seres depravados y peligrosos. ¿Qué puede suceder si uno de ellos se tornase violento de súbito?

—Nada. Por la sencilla razón de que los tengo en mis manos y han de hacer lo que yo diga. Como usted mismo, Warren. Recuerde que no es mejor ni peor que ninguno de ellos.

—No tiene que recordármelo —cortó Lee secamente—. Pero no me gusta la idea de verme rodeado de asesinos, por educados que usted crea que están. Yo no soy un criminal nato. Maté a aquel hombre para defenderme de su chantaje y de su arma, bien lo sabe.

—Yo sólo sé lo que guardo escrito y que, caso de sucederme algo a mí, iría automáticamente a parar a manos de la policía, según está dispuesto. De modo que así están las cosas, amigo mío. Ahora, al pasar a formar usted parte de mi club, tendrá que aceptar las reglas del mismo al pie de la letra. En este sobre está nuestro reglamento íntegro. Estúdielo. Lo que crea que puede hacer sin más, lo hará sin vacilar. Lo que no, me lo notificará, para que empiece su educación. Asistirá a las reuniones de nuestro club puntualmente, y sin otra posible excusa que una grave enfermedad que nuestro propio médico, el buen doctor Christie, se encargaría en todo caso de comprobar minuciosamente.

—¿Doctor Christie? ¿Tiene también un médico al servicio del club?

—Más que eso —apuró su copa de jerez sin prisas—. El doctor Paul Christie es un miembro de nuestro respetable club. Uno de sus más destacados miembros, porque aparte de ser un notable médico y un excelente cirujano, entró aquí por la muerte de cuatro de sus mejores pacientes... que, casualmente, le dejaron heredero de sus fortunas, ya que eran todas mujeres viudas, ricas... y caprichosas. El doctor Christie, por cierto, es un caballero arrogante y muy atractivo para el bello sexo, lo cual explica su éxito como amante.

Su astucia como médico, explica que en todos los casos, no hubiera pruebas de sus delitos. Sólo yo las poseo con su confesión. Y él tiene que ser un fiel cumplidor de las normas de nuestro círculo.

—Entiendo. Esto es un diabólico cerco, un callejón sin salida para todos nosotros —jadeó Warren, irritado, apurando también su jerez y dando un golpe seco con la copa en la mesa—. Pero todo eso precisa dinero también. Mucho dinero, *lord Peter*...

—Yo tengo mucho dinero, Warren.

—Pero yo, no. ¿Cómo espera que cumpla las normas de su club, con mi miserable ingreso de detective privado de segunda fila, como usted muy bien ha dicho...?

—No se preocupe. En ese sobre hay algo más que el reglamento interno del Club del Crimen. Ahí tiene dinero. El suficiente para empezar con su nueva vida.

—¿También financia usted a nosotros, los socios?

—Forma parte del juego, Warren. Sin dinero, mis criminales no podrían actuar como yo quiero. Las piezas de un museo se adquieren a un alto valor. Yo no pago nada cuando hago firmar a los culpables su declaración. Sencillamente, les obligo a ello. Les llevo a la situación límite en que no tienen otro remedio que firmar, quieran o no. Por tanto, es justo que luego cuide de su nueva educación, de su manutención y sus gustos actuales. Ser miembro de un importante club social londinense, es siempre un lujo caro que ustedes no podrían, salvo aislados casos como los del doctor Christie, *sir Alan Wilcox* o *lord Soul*, permitirse en modo alguno. Pues bien, ahí entra mi fortuna personal, que no sufre grandes mermas por ese desembolso, se lo aseguro. De modo que tome ese dinero sin escrúpulos. No es una limosna ni es un donativo. Sencillamente, forma parte del precio de cada ejemplar de mi colección, ¿va comprendiendo?

—Sí, creo que sí —asintió Lee Warren, ceñudo, palpando el largo sobre cerrado que tenía entre sus manos—. Por suerte o por desgracia, no soy demasiado escrupuloso, se lo aseguro. Especialmente cuando se trata de dinero. Gracias, *lord Peter*. Leeré atentamente sus instrucciones.

—Hágalo más tarde, se lo ruego. Ahora, debe prepararse para la cena. Es una cena especial, porque así se hace siempre que viene un nuevo miembro a nuestro club. De modo que el buen Hastings le

mostrará el guardarropa de emergencia, para que utilice un *smoking* provisional. Los demás miembros ya tienen aquí sus prendas de etiqueta para la solemnidad.

—¿Yo soy el motivo de ese homenaje?

—Eso es: usted. Conocerá a sus nuevos compañeros y amigos. Espero que sepa comportarse con todos ellos, y recuerde en todo momento que no es usted muy diferente a ninguno. Aquí no cuenta la condición social o económica. Aquí, el factor común que les aglutina a todos es uno solo: el crimen. Y eso les hace exactamente iguales para la convivencia.

—No tema. No acostumbro a ser quien estropee una fiesta, *lord Peter*. Pero personalmente me repugna este local, sus costumbres y todo lo que usted hace para convertir a unos seres humanos, mejores o peores, en una especie de objetos de museo.

—Su opinión cuenta poco —sonrió fríamente *lord Peter Dunham*—. Buenas tardes, Warren. Hastings le llevará al guardarropa.

—¿Hastings es su mayordomo?

—Sí. Un perfecto mayordomo británico. Incluso su nombre es el adecuado. Un fiel servidor mío y del club. Puede tratarle con toda confianza.

—¿También él es... un ejemplar de museo, *lord Peter*?

—No, Warren. Siento defraudarle. Quizá, entre todos nosotros, Hastings es la única persona absolutamente honrada que hay. Y en eso me incluyo yo mismo. Pero no me pregunte si también fui alguna vez un asesino o los motivos de mi peculiar afición, amigo mío —la sonrisa se hizo cáustica—. Eso forma parte de mi propio secreto. Y no tengo por qué revelarlo a nadie. El ser presidente y propietario del Club del Crimen, debe darle a uno ciertos privilegios, después de todo. Hasta las siete y media en el comedor de recepciones, Warren.

Se sentó, olvidándose por completo de su interlocutor. Sus ojos se clavaron en los documentos que tenía dispersos sobre la mesa. Debió de pulsar algún botón oculto, porque la puerta se abrió y Hastings, el impecable mayordomo, asomó por ella, esperando a Lee.

Éste suspiró, dio media vuelta, y salió de la estancia, en pos del servidor.

CAPÍTULO III

Realmente, era una cena especial en todos los sentidos.

Aparte los exquisitos manjares situados sobre la larga mesa, podía verse en ella una gran variedad de vinos blancos y tintos, champaña frío en cubas de metal cromado, y todo cuanto exigía una cena selecta.

Lee Warren estudio las bandejas con caviar iraní, mariscos frescos, pescado al horno y lechón asado, rodeado de patatas doradas y cebollitas, frescas. Una vajilla de la mejor porcelana inglesa decorada, la cristalería de los vasos y copas, y los manteles y servilletas del mejor hilo, con las iniciales M. C. finamente bordadas en color azul^[1]. No podía decirse que *lord* Peter no cuidase minuciosamente los detalles.

Cada plato tenía el tarjetón con el nombre del comensal escrito en letra cursiva, de suave rasgo. Lee buscó su lugar y se acomodó en él. De soslayo, contó los asientos en la larga mesa.

Eran once puestos, exactamente. Cinco a cada lado. Y uno a la cabecera de la mesa, sin duda reservado al propio *lord* Peter Dunham.

Todas las sillas eran de alto respaldo, doradas y tapizadas de granate. Sólo la que encabezaba la mesa, era más ancha y de respaldo más bajo, aunque con brazos. La silla del presidente del extraño club, por tanto, tenía que ser aquélla. Lee Warren no tardó en confirmarlo. *Lord* Peter apareció cuando casi todos ellos estaban ya sentados. Y Lee supuso que eran «casi» todos, porque observó, con el rabllo del ojo, que el asiento situado a su derecha aparecía aún desierto. Echó una rápida ojeada al tarjetón, mientras se levantaba del asiento, lo mismo que todos los demás, para dar la bienvenida a *lord* Peter.

El nombre escrito en el asiento vecino era D. Robbins. Y nada más.

—Buenas noches, caballeros —saludó *lord* Peter. Sus ojos claros y fríos recorrieron la mesa, comensal por comensal, hasta detenerse unos instantes en la silla vacía. Enarcó una ceja, pero no hizo comentario alguno—. Siéntense, por favor. Voy a presentarles a nuestro nuevo miembro en breve. Creo que será mejor para ello esperar a que estemos todos a la mesa.

Hubo un asentimiento general. Algunas miradas curiosas ya habíanse deslizado sobre Lee Warren, pero sin revelar más interés por su persona. Lee, embutido en un *smoking* relativamente nuevo y no demasiado holgado para su corpulencia, observaba a su vez a los demás. Tenía a su izquierda a un hombre alto, flaco y sombrío, cuyo tarjetón rezaba:

«P. Russell»

Lo mismo podía tener cuarenta que sesenta años. El negro intenso de su liso cabello, resultaba sospechoso. Lee estaba seguro de que algún tinte entraba en su tonalidad actual.

Hastings apareció de pronto en la puerta, con su fría solemnidad habitual. Se dirigió a *lord* Peter en especial:

—El último invitado ha llegado, señor —informó.

—Bien —suspiró el presidente del Club del Crimen—. ¿Ha explicado el motivo de su tardanza?

—Sí, señor. Un accidente de coche en la carretera de Coventry. Tiene leves heridas en el rostro y manos, y trae las ropas algo deterioradas.

—Bien —se impacientó *lord* Peter, tabaleando con las yemas de sus dedos sobre el mantel—. Que se arregle lo antes posible decentemente. Ayude usted, Hastings.

—Bien, señor —servicial, el mayordomo se retiró enseguida.

—Caballeros, mientras el último miembro se presenta, haremos la introducción en nuestro círculo del nuevo miembro del mismo, el caballero Lee Warren, aquí presente. Como todos ustedes, el señor Warren es miembro de pleno derecho en nuestro club, y por tanto, creo que saben perfectamente a lo que me refiero.

Asintieron todos, mirando ahora atentamente a Lee. Éste inclinó cortés la cabeza. Leyó en aquellas miradas que comprendían bien el significado de las palabras de su presidente: él también era un asesino.

—Señor Warren, le presentaré a sus nuevos amigos y compañeros de sociedad. Empezaremos por el caballero que tengo a mi derecha. Se trata de *lord Dorian Soul*. Le sigue, por el mismo lado, *sir Alan Wilcox*.

Los dos aristócratas inclinaron sus cabezas al ser nombrados. Lee correspondió al gesto, como lo iba a hacer con todos los demás.

Lord Dorian, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, elegante, sobrio y con un pálido rostro aristocrático bajo sus cabellos rojizos. *Sir Alan*, por el contrario, era fornido, velludo, de ojos estrechos y gesto simiesco, pese a su origen noble. A Lee no le extrañó que fuese un violador, además de un asesino. Aquel hombre tenía un modo de mirar bastante desagradable.

—Le sigue por este lado. Howard Gibson, un conocido escritor teatral —mostró a un hombre calvo, menudo y de nariz aguileña, que humedecía constantemente sus labios—. Luego, está el señor Stuart, Ned Stuart, un conocido actor cinematográfico y de televisión.

Ned Stuart. Warren supo entonces por qué le resultaba familiar aquella cara joven, guapa y viril, de cabellos rizados, facciones enérgicas y ojos verdes. Era un tipo alto y atlético, sin duda. Le había visto muchas veces en series inglesas de telefilms de misterio, como héroe y galán. Y era un asesino...

—Finalmente —concluyó lord Peter—, el quinto miembro de este lado de la mesa, a mi derecha, es John Keller, un comerciante prestigioso y adinerado que posee una cadena de negocios a su nombre.

El quinto y último comensal del lado opuesto, era un caballero vulgar, recio y de rostro poco amable, que lucía una barba recortada y unas largas patillas. Su *smoking* le colgaba lastimosamente de los anchos hombros.

—Ahora, pasemos a mi izquierda. Se comienza aquí con el doctor Paul Christie para seguir por el señor Elmer Biggs.

Lee estudió con cierta atención al arrogante caballero de pelo plateado, gafas modernas y ligeras, rostro bronceado y delgada figura. Sin duda, un *gentleman* muy atractivo para las mujeres. Sobre todo, para las viudas ricas. Cuatro de ellas le habían dejado su fortuna. Y habían muerto.

El otro, Biggs, correspondía exactamente a lo que *lord Peter*

dijera de él: era un perfecto rufián en todo, incluso en su físico. Gesto ladino, rostro sinuoso, mirada oblicua, tez aceitunada, un delgado bigote oscuro sombreando sus labios delgados y fríos, y el cabello demasiado rapado.

—Sigue nuestro ausente miembro, a quién conocerá enseguida —pasaron los ojos, algo molestos, por el hueco de la mesa, se fijaron en él, y añadió—: después, naturalmente, está usted mismo, señor Warren, para terminar con el último comensal, señor Patrick Russell, a su izquierda. El señor Russell fue militar y ahora vive de sus rentas.

Le saludó como un perfecto caballero. Realmente Russell era lo que correspondía a su biografía: observó un bastón a su lado, posiblemente porque cojeaba ligeramente, recuerdo de alguna herida de guerra. Bajo el tinte, quizá su cabello era muy canoso y su madurez por tanto más acentuada de lo que parecía. Dio un taconazo breve al saludarle. Lee sonrió, cortés.

—Bien, ya se conocen casi todos. Sólo falta el miembro situado a su derecha, señor Warren... y creo que ya lo tenemos aquí, a juzgar por el ruido.

Sorprendido, Lee escuchó una breve carrera por el pasillo, crujido de telas, y un instante después, un rostro agitado asomaba en la puerta, y el decimoprimer comensal surgía ante ellos.

—Ruego me perdonen —susurró—. Vivo aún de puro milagro.

En efecto. Mostraba claros arañazos en rostro y manos. Pero ni eso ni su agitación podían cambiar en nada su indudable belleza.

El comensal número once, miembro del Club del Crimen... era una mujer.

—Señor Warren, le presento a Daphne Robbins. La señorita Robbins es, por ahora, el único miembro femenino de nuestro club. Señorita Robbins, este caballero es Lee Warren, nuevo miembro de nuestro círculo. Ahora, siéntese, por favor, e iniciaremos la cena. Siendo un accidente la causa de su retraso, está disculpada.

—Oh, gracias, *lord* Peter —musitó ella, corriendo a su asiento.

Y Lee Warren captó, en aquella voz de mujer, el matiz inconfundible del miedo.

La cena de bienvenida había terminado.

Era la hora del café, la copa de buen *brandy* y los cigarros. El único miembro femenino del club se había ausentado a otra sala

inmediata, donde leía un volumen de la repleta y selecta biblioteca.

—Bien, caballeros —habló *lord* Peter apaciblemente, tras encender con una rama encendida de la chimenea su cigarro largo y delgado—. Ahora, ya conocen a nuestro nuevo miembro, Lee Warren. Es el primer detective privado que tenemos en nuestro círculo.

—No me gustan los detectives. Ni privados ni oficiales —objetó secamente Elmer Biggs, el torvo y huidizo rufián.

—Ni a mí —corroboró *sir* Alan Wilcox, clavando en Warren sus ojos de simio astuto y cruel—. Un detective es siempre un detective.

—Un detective es también un hombre, un simple ser humano —fue la réplica fría de Lee.

—Exacto —sonrió melifluamente *lord* Peter Dunham, expeliendo una lenta bocanada de humo—. El señor Warren es un ejemplo claro de ello. También él, como todos ustedes, mis queridos amigos, tiene algo que le hace merecedor de pertenecer a nuestro club.

—¿Qué hizo él, exactamente? —quiso saber ahora *lord* Dorian Soul.

—Matar.

—¿A quién?

—A un policía. Bueno, a un expolicía. Fue un intento de chantaje, de coacción. Hubo un enfrentamiento. Ahora, el cadáver yace en un lugar que sólo conocemos el señor Warren y yo.

—¿Es costumbre mencionar lo que hizo cada uno antes de venir aquí? —se interesó Lee, algo huraño.

—No —convino *lord* Peter—. No es costumbre.

—¿Entonces...?

—Su caso es diferente —apuntó el doctor Paul Christie, fumando con indiferencia una pipa de tabaco con fuerte olor a miel—. Es usted un detective. Eso crea recelos. Vale más saber las cosas con detalle. *Lord* Peter sabe lo que se hace, pero preferimos saber lo que sucedió realmente. Está seguro que no volverá a hablarse de ello aquí.

—Tanto mejor —Warren se movió en su asiento como si estuviera realmente molesto—. No me gusta que se desconfíe de mí, caballeros.

—Olvédelo, por favor —sonrió, tratando de ser amable, su vecino de mesa, Patrick Russell, el hombre alto, sombrío, de pelo

demasiado negro—. Comprendo lo que debe sentir. Al principio, esto ya resulta de por sí bastante insólito. Sé cómo se sentirá ahora, en su primer día de miembro de nuestro club. Pero no tema nada. *Lord Peter*, nuestro presidente, es un hombre sumamente honesto y respetable. Es también comprensivo con todos nosotros. Nos ayuda y nos protege. Créame, ha tenido usted mucha suerte en caer en sus manos. Al principio, todo parece diferente, incluso amenazador. Comprobará pronto que no lo es. En realidad, esto es como sentirse seguro, lejos de todo peligro policial, amigo mío.

—Quizá —resopló Warren—. Pero no lo parece.

—No, no lo parece —admitió el propio *lord Peter*, paseando entre sus singulares huéspedes—. Todo el que se ve en su situación, teme algo, se siente incómodo. Pero el señor Russell tuvo razón: el único lugar de Londres donde todos pueden sentirse a salvo y seguros, es precisamente aquí.

—Puedo garantizarlo —aprobó con energía John Keller, el comerciante recio, vulgar y barbudo—. Soy el más veterano de cuántos hay aquí.

—Ahora, sí lo es, Keller —sonrió *sir Alan Wilcox* entornando sus ojillos de simio—. Pero sólo desde que murió el decano de esta sociedad.

—¿Murió algún miembro? —Pestañeó Warren, curioso.

—Sí. Y no hace mucho de ello —suspiró cansadamente *lord Peter*—. Fue un desdichado accidente, fuera de estos muros, por supuesto. Un coche arrolló a un buen amigo nuestro, el primer miembro que formó este admirable grupo. Se trataba de Jeremy Marlowe.

—Jeremy Marlowe... —reflexionó Lee, arrugando el ceño—. Me resulta conocido de algo ese nombre...

—Fue un conocido escultor y pintor abstracto. Tenía luego una galería de arte propia —explicó Howard Gibson, el escritor teatral—. Una modelo suya murió en misteriosas circunstancias. Pero, naturalmente, nunca se le pudo acusar a Jeremy Marlowe de nada...

Y su sonrisa significativa, iba dirigida a *lord Peter*, que también esbozó una sonrisa enigmática, al tiempo que añadía calmoso:

—Fue una pérdida lamentable para todos. Era el hombre de mejor humor y más vivo ingenio de todos nosotros. Ahí existen aún

varias obras suyas...

Señaló a un punto de la sala. Giró en esa dirección Warren sus ojos, encontrándose con un gran cuadro abstracto y, debajo de él, varias esculturas del mismo estilo, en bronce y hierro, flanqueando un busto de admirable fidelidad a su original, *lord Peter*.

—Sí, también el busto es obra de Marlowe —asintió el aristócrata—. Su única obra figurativa en bronce. Era un gran artista en todo. Incluso en la forma que tuvo de matar a su bella modelo, se lo aseguro.

—Empiezo a ver que era así —admitió Lee, pensativo. Y apuró su copa de *brandy*, incorporándose con cierto aire perezoso. Miró a la sala inmediata, donde seguía su lectura la única mujer del club, y preguntó de repente—: ¿Existe alguna cláusula de orden interior que prohíba charlar un poco con la señorita, Robbins?

—Ninguna. Aquí, el sexo no significa ninguna diferenciación. Lo más probable, sin embargo, es que sea ella quien no tenga muchas ganas de hablar con usted, señor Warren. Es un poco introvertida, en especial con aquéllos a quienes conoce poco...

—No sólo eso —suspiró *sir Alan Wilcox*—. Incluso con los que llevamos ya tiempo aquí, esa chica es bastante hosca.

—En su caso tiene sus motivos, *sir Alan* —rió burlonamente *lord Dorian Soul*—. No es fácil olvidar que usted es algo más que un simple homicida, amigo mío. A las chicas no les gustan los violadores.

—¡*Lord Dorian*, ésa es una impertinencia! —rugió el aludido, palideciendo, y poniéndose en pie con tal brusquedad, que derribó de su mesa la copa de *brandy* e incluso el cenicero—. ¡Exijo que retire sus palabras! ¡Después de todo, poco puede censurar a los demás quién mató a su mujer para heredar su fortuna y tener una joven amante!

—*Sir Alan*, eso no es nada al lado de lo que usted hizo con la jovencita a quién luego...

—¡Caballeros! —La voz de *lord Peter* sonó incisiva, como un mandoble de espada entre ambos contendientes verbales—. Les ordeno inmediatamente que callen y no sigan con esa vergonzosa disputa. Ello, además de resultar humillante, quebranta las normas más elementales de convivencia en nuestro circulo, por lo que ustedes ya saben que han de ser sancionados en este mismo

momento con mil libras de multa cada uno, más la advertencia de que, en caso de reincidir en tal error, podría peligrar su permanencia aquí, ya que ella sería sometida a votación de los miembros, y en caso de expulsión, serían entregados a las autoridades.

—Lo siento —resopló *lord* Dorian con tristeza—. Creo que cometí un error. Pido disculpas, *lord* Peter. Abonaré mi multa. Y presento mis disculpas a *sir* Alan.

—Ya lo ha oído, *sir* Alan —los fríos ojos azules de *lord* Peter se clavaron en el hombre de faz simiesca—. Ahora, es usted quien debe de retractarse con igual humildad.

Con los ojos enrojecidos y los labios apretados, *sir* Alan pareció dispuesto a rebelarse contra esa decisión superior. La duda duró unos momentos. Finalmente, masculló de mala gana, con voz ronca:

—Sí, pido disculpas, *lord* Dorian. Pagaré mi multa, *lord* Peter. No se repetirá una cosa así.

—Bien —el aristócrata que regía el extraño club, extendió sobre la mesa una hoja de papel donde escribió algo con rapidez—. Su sanción preventiva está anotada, señores. ¿Pagan ahora o mañana? Ya saben que hay sólo veinticuatro horas de plazo para liquidar sanciones económicas de régimen interior.

—Yo pago ahora —murmuró *lord* Dorian, extrayendo un talonario de cheques y empezando a extender uno.

—Yo también —afirmó *sir* Alan secamente. E imitó a su compañero.

—Incidente zanjado —*lord* Peter se volvió hacia Lee Warren mientras tomaba los dos cheques bancarios por tan importante suma—. No tuvo usted mucha suerte en su llegada, amigo mío. Estas lamentables situaciones no acostumbran a producirse aquí. Si lo desea, puede reunirse con la señorita Robbins.

—Muy amable —Lee caminó hacia la biblioteca—. Caballeros...

Abandonó la estancia. Al entrar en la inmediata, Daphne Robbins alzó la cabeza de modo instintivo. Le miró un momento. Luego, siguió leyendo, indiferente.

Tenía ojos muy claros, de color ámbar. Cabellos dorados, oscuros y ondulados. Figura esbelta, bello torso y labios carnosos. Era toda una dama. Y muy joven.

Lee Warren parecía preguntarse qué clase de homicidio pudo

cometer aquella muchacha para pertenecer ahora al Club del Crimen. Pero, naturalmente, aquél no era un tema de conversación adecuado para iniciar su amistad con ella.

Se quedó en pie cerca de ella, examinando las estanterías de libros. El gusto de *lord* Peter en elegir las obras, era excelente. Había clásicos, literatura moderna y contemporánea, y hasta libros de consulta u obras científicas y filosóficas. De soslayo, descubrió el título del libro que leía la joven Daphne:

«Virgilio. Obras Completas»

Sonriente, recitó:

—«Y aquellos que jamás vencidos pudieron verse por el gran Diomedes o por el mismo Aquiles de Larisa, fueron al fin vencidos y arrollados por la perfidia y por las malas artes del perjurio Sidón...».

Ella enarcó las cejas. Dejó de leer, le miró.

—¿Le gusta Virgilio? —indagó.

—Me gustaba. De eso hace años. Cuando estudiaba...

—¿Estudió? Creí que era solamente un detective privado...

—Lo soy. Pero los detectives también estudian.

—Perdone. Debe entenderme. Se ha dicho a veces en la prensa que acostumbran a ser personas de poca cultura y cosas así...

—Lo sé. Pero no siempre es así. Uno inicia un camino, a veces éste se trunca por razones de la vida, y hay que olvidarse de las ilusiones y ser lo que uno puede y nada más.

—Creo que cometí un error al hablarle así —se excusó ella—. No debí decirlo.

—No importa. Ya está olvidado, señorita Robbins.

—Llámeme Daphne. Después de todo, somos miembros de un mismo club —dijo con cierta nota de amargura en su dulce y educada voz.

—Aunque no pueda creerlo, así es. Mi nombre es Lee.

—Lo recuerdo bien. Lee Warren. ¿Por qué no puede creerlo?

—Es una impertinencia mía, disculpe. No hablemos de todo eso.

—¿Por qué no? —ella le contempló fijamente, enarcando las cejas.

—Aparte de ser una norma aquí, entre nosotros... porque lo considero más prudente. Debe disculpar mi poca experiencia en convivir con ustedes en este ambiente...

—No se disculpe de nada. Si se refiere a lo que ambos, usted y yo hemos hecho, y que nos condujo a ser socios del club de *lord Peter*, creo que no hay por qué estar ocultándolo siempre. Las cosas no dejan de ser como son por intentar olvidarlas.

—Pero eso va contra las normas, según he advertido ahora.

—Lo que está prohibido es mencionar lo que otros hicieron. Nada prohíbe que uno hable de sus propias cosas, aunque casi nadie se decide a hacerlo. Yo maté, Lee. Maté a un ser humano. Por eso estoy aquí. Eso no lo puede cambiar nadie.

—Sí, es cierto. Del mismo modo que yo hice morir a un hombre. Son cosas que hemos hecho ambos y de las que no podemos escapar mental y moralmente. Pero no he venido aquí a interrumpir su lectura, su momento de paz, con esos temas tan ingratos.

—¿A qué vino, entonces?

—A conocerla algo mejor, a hablar con usted...

—Ya le habrán dicho sus compañeros que no gusto mucho del diálogo.

—Sí, me lo dijeron. Pero veo que no es exacto.

—No esté demasiado seguro de eso. Puede ocurrir que usted me cayera más simpático que ellos. O porque comenzó citando a Virgilio...

—¿Ellos no leyeron a Virgilio alguna vez? Hay aristócratas, médicos... de todo. Gente de cultura, sin duda.

—Oh, sí. *Lord Peter* ha reunido un variado mosaico humano, no hay duda. Pero no he oído antes a nadie citando a los clásicos bajo este techo. Claro está que eso no bastaría. La verdad es que, pensándolo bien, hay algo en usted que me cae bien, y no sé lo que es.

—Ha hablado antes, cuando llegó, de un accidente de coche —recordó Lee, por cambiar de tema—. ¿Fue algo serio?

—Pudo haberlo sido —admitió ella—. Pero estoy aquí, ¿no? Eso es prueba evidente de que salí bien librada y no tuvo trascendencia. ¿Por qué lo pregunta? Es un cambio muy brusco de conversación.

—Lo sé —sonrió Warren—. Pero me sentí intrigado. Hace poco, mencionaron ahí dentro otro accidente mortal, también de coche. Esa vez, murió un miembro del club, el más antiguo...

—Oh, sí. Se trataba de Jeremy Marlowe —asintió ella—. Era un hombre muy inteligente y agudo, muy dado a observar, a estudiar a

los demás...

—¿Usted le conoció bien?

—Sí —le miró Daphne, con cierta extrañeza—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Le conocía acaso usted, Lee?

—No, no. Nunca le vi. Pero el hecho de que muriera en accidente de automóvil, y usted sufriera hoy uno, me hizo relacionarlos a ambos, sin saber la razón.

—No existe ninguna relación entre Marlowe y yo —repuso ella con cierta sequedad. Pero, pese a ello, se detuvo de pronto, arrugó deliciosamente su ceño, y pareció recordar algo. Añadió, vacilante —: Claro que...

Se detuvo. La apremió Lee:

—¡Claro...!, ¿qué?

—No, nada —suspiró, evasiva. Lee notó que sus ojos se fijaban en un punto, tras él, con repentino destello de algo que podía ser sobresalto, alarma—. Bueno, lo cierto es que me falló la dirección del coche en la parte peor de la carretera, y casi me despeño. Por fortuna, un camión me ayudó, al notar que ocurría algo grave, y fue reduciendo mi descenso y velocidad, hasta llevarme a un punto donde me frenó. Creo que debo la vida a aquel camionero. Ahora, el coche está allí, esperando ser remolcado para que se le repare. Tiene algunos destrozos, pero pudo ser peor...

Lee Warren no giró la cabeza en ningún momento. No necesitó hacerlo tampoco. Un cuadro, una litografía representando una bucólica escena campestre en el siglo XVIII, colgaba frente a él, entre dos estanterías de la biblioteca. Su cristal servía de espejo no demasiado claro. Aun así, notó que, en pie junto a la cortina, un hombre les miraba, escuchando en silencio lo que ambos conversaban. Era él quien había hecho cambiar de idea sobre la marcha a Daphne Robbins.

Se trataba del guapo y seductor Ned Stuart, el actor cinematográfico.

CAPÍTULO IV

El inspector-jefe de New Scotland Yard, Miles Gregson, se volvió al sargento Baker, frotándose pensativo su ancho mentón.

—¿Está seguro de ese informe recibido hoy, sargento? —indagó.

—Totalmente seguro, inspector —asintió Todd Baker, moviendo afirmativamente su recia cabeza pelirroja—. La denuncia no ofrece lugar a dudas. La señorita Thorpe, la patrona del exinspector Treadwell, ha corroborado todos los puntos de la misma. Los agentes han buscado en vano algún rastro del desaparecido. Y no se sabe aún nada de él ni de su paradero.

—El exinspector Treadwell, desaparecido —repitió lentamente Gregson, escribiendo algo en su bloc de notas de encima de la mesa—. Vaya, eso sí que es extraño...

—Mucho, señor —admitió el sargento, acercándose a él con un *dossier* en sus manos, extraído del archivo, del que él era principal responsable—. Desde que dejó el servicio activo, estaba al margen de todas las cuestiones policiales. La señorita Thorpe dice que él seguía interesado en los asuntos de Scotland Yard, que recibía puntualmente las revistas técnicas de la policía y que recortaba sucesos y casos de los diarios, para archivarlos en sus álbumes de recuerdos, pero eso era todo. No se mezclaba en nada, vivía una existencia tranquila... ¿Qué ha podido ocurrir para que, tras hablar por teléfono con alguien, saliera de su casa a una hora poco habitual en él, como era el anochecer, y ya no haya regresado en estos dos días?

—Está bien, sargento. Publicaremos su fotografía en todos los diarios, y daremos su descripción. Por otro lado, nos ocuparemos de averiguar, si ello es posible, qué fue a hacer fuera de casa, a esas horas, el viejo colega...

Todd Baker salió del despacho, dejando a Gregson ocupado intensamente en la tarea de redactar un boletín para su difusión por

Prensa, radio y televisión. La fotografía más reciente del ya jubilado inspector iba a ser, a su vez, enviada por telefoto a los rotativos y centros de comunicación social, para su difusión por todo el país, especialmente en el área del gran Londres.

De ese modo, la máquina poderosa, silenciosa y eficaz de New Scotland Yard, se ponía en funcionamiento, tras la pista de un hombre desaparecido.

Lee Warren leyó la noticia en la tercera página del *Mirror* de aquel día. Venía con titulares no demasiado grandes ni llamativos. No era noticia de verdadero impacto. Al menos, no todavía.

«Exinspector de policía, desaparecido. Scotland Yard busca incesantemente.

Un cadáver sin identificar, hallado en el Támesis.

¿Puede tener alguna relación un hecho con otro?».

Dobló cuidadosamente el periódico. Tomó un sorbo de café y se puso un cigarrillo entre los labios. Una llama brilló ante él de súbito. Miró, sobresaltado, mientras encendía el cigarrillo.

—¿Sorprendido, señor Warren?

—Un poco —admitió Lee, dominando perfectamente su expresión al mirar, largamente, al hombre a quién conociera en el insólito club de Berkeley Street—. ¿Es casual este encuentro, señor Keller?

John Keller, de profesión comerciante, director de una cadena de negocios en Londres, meneó la cabeza, con una sonrisa enigmática. Su rostro ancho, vulgar y algo basto, no reflejó nada concreto. Se acarició su densa barba al comentar:

—Podría decirle que sí. Pero mentiría. No, no hay nada casual en esto.

—¿Me sigue usted?

—Le vigilo.

—¿Por qué? —Enarcó las cejas Warren.

—Son los reglamentos. El decano del club debe seguir siempre durante un tiempo al nuevo miembro. Es simple prevención.

—¿Orden directa de *lord* Peter?

—Por supuesto. Sólo él puede dar órdenes. Él es la ley. Nuestra ley, claro.

—Entiendo. ¿Se trata de comprobar si el club puede fiarse de uno?

—Se trata de conocer los pasos del nuevo miembro. Sólo eso. Mi misión no consiste en pensar o en sacar conclusiones. Sólo debo vigilarle.

—¿También entra en sus atribuciones advertirme de ello?

—No hay ninguna indicación en contra. Especialmente, cuando uno lleva ya dos días vigilando al novato. A fin de cuentas, mañana terminará mi tarea.

—¿Mañana ya no me vigilarán más?

—No, nada más. He comprobado que su vida es totalmente normal, que sigue en su oficina, ocupándose de sus oscuros asuntos profesionales. Y que los periódicos aún no han mostrado señales alarmantes. Nadie sospecha de usted. Ni le relacionan con ese policía desaparecido. Según *lord* Peter, es suficiente. De otro modo, tendría que inventarse unos testigos que le situaran a usted a más de doscientas millas de Londres en la noche de los hechos.

—*Lord* Peter está en todo.

—Absolutamente en todo —los ojos de John Keller recorrieron indiferentes la amplia cafetería de Piccadilly, repleta de público a aquellas horas, puesto que eran las de cierre de las *pubs* legalmente autorizadas para expender bebidas alcohólicas de cualquier tipo^[2]—. No le gusta la idea de que un miembro de su club pudiera ser acusado de delito alguno. Él ofrece la garantía de la impunidad a sus socios.

—A cambio de ello, nos esclaviza a su capricho.

—Sí, en efecto. Es una dorada esclavitud —sonrió el barbudo Keller irónicamente—. Sé que somos concretamente las piezas de su colección privada. Pero vale la pena aceptar ese papel, a cambio de saberse a salvo de la policía, la ley, los tribunales y todo eso. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sólo en cierto modo. No me gusta sentirme en manos de nadie.

—Es peor sentirse en las manos del verdugo.

—Bueno, puestas así las cosas... —Lee también miró en torno, receloso—. Bien, Keller. Me marchó. Si piensa seguir vigilándome, será mejor que me mueva por Londres sin prisas. Mi tarea hoy es, precisamente, seguir a otra persona: una dama quiere informes

concretos sobre la infidelidad de su marido, para solicitar el divorcio.

—Parece un trabajo bastante aburrido...

—Lo es —Warren se puso en pie, suspirando, y torció el gesto—. Pero forma parte de mi tarea habitual casi en un noventa por ciento. El romanticismo y el aire heroico de los detectives privados, es sólo cosa del cine y de la televisión.

—Sí, empiezo a creerlo —bostezó John Keller—. Bien, intentaré seguirle, en tanto sigue usted a ese caballero infiel. Es un juego absurdo el nuestro, pero al menos terminará pronto.

Warren pagó su consumición a la camarera, y salió a Haymarket. Se alejó en dirección al Malí, cuando un caballero alto y elegante abandonó un comercio situado frente a la cafetería, cargado con unos paquetes. El coche modesto de Warren, un viejo Austin, siguió al elegante Aston Martin de su perseguido. Tras él, inexorable, sabía que continuaba John Keller, el barbudo comerciante miembro del Club del Crimen, en su tarea de seguirle por orden de *lord* Peter.

Como dijera el propio Keller, era un juego absurdo. Pero ciertamente, daba a entender claramente que *lord* Peter no se fiaba absolutamente de nadie. Del mismo modo, habían sido seguidos los demás cuando entraron a formar parte del extraño y siniestro círculo de asesinos.

Mientras conducía su automóvil a través del tráfico londinense, tras el rastro de su hombre, tenía junto a él otros ejemplares de periódicos que tenían mucho más tiempo que el *Mirror* donde aparecía la noticia de la desaparición del policía retirado. En su propio papel amarillento se notaba claramente su vejez. Pero los titulares parecían atraer grandemente la atención de Lee en cada momento de pausa que un semáforo o un atasco le proporcionaba.

Eran los titulares de una vieja noticia, un suceso con más de dos años de antigüedad en la crónica negra de Londres:

«Misterioso homicidio en Primrose Hill. Un rico caballero, muerto en su jardín. Se busca al asesino».

Era un titular. Otro, más concreto, anunciaba:

«Su secretaria, sospechosa del suceso. La joven Daphne Robbins puede ser arrestada y acusada del

homicidio».

Y otro más:

«La autopsia revela el motivo de la muerte de Dennis Powell en Primrose Hill: Fractura de la base del cráneo. Posible arma, una estatuilla de piedra. ¿Culpable? La principal sospechosa, Daphne Robbins, posee sólida coartada para la noche del crimen. Hay testigos que confirman su presencia en Edimburgo esa noche».

Lee Warren arrugó el ceño. Sabía cuál era la clase de «coartada» que tenía la muchacha: trabajo de *lord* Peter y su gente. Pero eso no la convertía en inocente, ni mucho menos. Ella misma lo había confesado: era culpable. Había matado a aquel hombre. Las causas, nadie podía saberlas. Los diarios hablaron entonces de posibles relaciones íntimas, celos, o algo parecido. Pero nunca se puso nada en claro, puesto que la posterior coartada de ella era irreversible y alejó toda sospecha de su persona. El hecho continuaba sin resolver.

Trató de olvidarse del asunto y pensar sólo en sí mismo y en sus propios problemas. No le resultaba fácil. En absoluto. Seguía pensando en ella, en la joven y bella Daphne, la muchacha que era tan introvertida con todos... menos con él.

No. No podía olvidar a Daphne. Ahora sabía que hubiera dado algo por conocer la verdad sobre el suceso de Primrose Hill y la culpabilidad admitida de la joven. Pero eso, dentro del círculo donde ellos se movían ahora, era inoportuno. E incluso peligroso. *Lord* Peter tenía sus propias normas al respecto. Lee estaba seguro de que si seguía interesándose en ella, podía quebrantar las normas del club. Y eso no iba a gustarle nada al enigmático presidente del círculo de Berkeley Street.

Los diarios de aquella noche publicaron la noticia a toda plana:

«El desaparecido exinspector Treadwell aparece sin vida en el Támesis. Ha sido asesinado. Se busca al culpable intensamente».

Lord Peter Dunham sonrió, depositando la última edición junto a

otras que ya tenía junto a sí. Miró a los presentes todos.

—Bien, caballeros —suspiró—. Ya tenemos un problema en ciernes. Si el señor Warren resultara acusado de algo, tengo planeado a la perfección el sistema de coartada a presentar a la policía. Esperaremos a que se concrete el tiempo exacto en que, según los forenses, halló la muerte el exinspector. Cuando ello ocurra, estudiaremos minuciosamente el plan. Esta vez, el señor Warren habrá estado lo bastante lejos de Londres como para serle absolutamente imposible estar aquí en ese período de tiempo.

—En el extranjero será difícil —objetó uno de los presentes—. Su pasaporte no mostrará el visado correspondiente de salida o entrada en algún país, incluso aquí mismo...

—No ofrece problema —sonrió lord Peter, indiferente, encogiéndose de hombros. Sus azules ojos se clavaron en Lee Warren—. ¿Qué países conoce usted, aparte Inglaterra, que estén lo bastante alejados de aquí como para impedirle llegar en una misma noche, en el periodo de unas pocas horas?

—Bueno, estuve en Francia, Italia, España...

—No —cortó él secamente—. Demasiado cerca. Más lejos...

—Sólo Estados Unidos —recordó Lee—. Estuve hace cuatro años. Pero solamente una semana en Nueva York, un caso especial...

—Ese vale, Nueva York —lord Peter sonrió—. Estados Unidos facilitan visado. Usted tendrá el suyo en el pasaporte. No el de hace cuatro años, sino el de ahora.

—¿Falsificado?

—Algo así —rió el aristócrata—. No tema, nadie va a descubrirlo. Tengo un buen amigo en la Embajada americana. Lo arreglará todo. El sello, naturalmente, falseará la fecha y otros detalles. Eso corre de mi cuenta.

—¿Habrá testigos?

—Habrá testigos sobrados —lord Peter parecía orgulloso de sus recursos—. Tengo amigos en Nueva York que me deben viejos favores. Todos ellos le apoyarán. No tiene nada que temer. Usted estuvo dos días en Nueva York. Justamente el día del crimen y el día siguiente. Arreglaremos los detalles, verá fotos de sus «amigos» de allí, aprenderá los lugares donde estuvo, las cosas que hizo... Yo me ocupo de todo. Mañana lo detallaremos, por si es preciso actuar.

¿De acuerdo?

—Sí, supongo que sí —admitió Lee—. Usted sabe lo que hace, puesto que hasta ahora resultó bien. Pero esto puede ser más complicado.

—Me encantan las complicaciones, Warren. Sé resolverlas todas, no lo dude. ¿Alguien puede relacionarle a usted con la muerte del exinspector Treadwell?

—No lo sé. Tal vez el inspector Gregson... No le caigo demasiado bien. Y sabe que tuve alguna relación oscura con Treadwell...

—Me lo temía —asintió *lord* Peter Dunham—. Bien, eso es todo por el momento. Pueden reanudar sus actividades de hoy, sábado, en nuestro club. Yo me hago cargo de todo el asunto. Ya hablaremos mañana, Warren. No falte aquí, a las doce del mediodía.

—No faltaré —prometió Lee secamente.

Se disolvió la reunión que había tenido lugar en la llamada «sala de juntas» del círculo. Cada cual fue a lo suyo. *Sir* Alan Wilcox se puso a leer un ejemplar de *Penthouse*, lo cual encajaba perfectamente con sus gustos^[3].

Lord Dorian Soul y el doctor Christie se pusieron a jugar entre sí una partida de ajedrez. Russell, el hombre sombrío y de pelo teñido, se reunió con Elmer Biggs y el escritor teatral Howard Gibson, para iniciar una partida de *bridge*. Ofrecieron el cuarto puesto a Lee. Éste se excusó:

—Lo siento. No domino bien el juego.

El cuarto jugador terminó siendo Ned Stuart, el joven galán de los ojos verdes. El barbudo Keller, su vigilante guardián hasta el día anterior, se aislaba en una mesa, para escuchar música en un transistor aplicado con un pequeño auricular a su oído.

Y ella, Daphne Robbins, también sola en otra mesa. Esta vez no leía. Sus ojos se fijaban en él. Tenía una expresión ligeramente preocupada. Lee caminó hasta estar frente a ella. La miró. La joven no movió un músculo, pero siguió contemplándole.

—¿No se sienta? —invitó.

—Bueno, yo... —Lee vaciló—. ¿No la molestaré, Daphne?

—Si fuera así, no le invitaría —los labios gordezuelos dibujaron una leve sonrisa—. Parece preocupado, Lee.

—Lo estoy.

—Sí, lo supongo. Parece que el asunto se complica. Pero no tema. Siempre hay un momento en que todo se complica realmente —suspiró—. Sólo que ahí tenemos a *lord* Peter Dunham. Él lo resuelve todo. O casi todo. Hay que confiar ciegamente en él.

—Yo confío. No tengo otro remedio ya.

—Saldrá bien, no tema. *Lord* Peter nunca falla.

—¿Lo sabe por propia experiencia?

—Claro —los claros ojos de ella le miraron fijamente—. ¿Ha leído ya mi caso tal vez?

—No pude evitar la tentación —admitió algo avergonzado Lee—. Lo siento.

—¿Por qué ha de sentirlo? La muerte de Dennis Powell fue culpa mía. Nunca lo he negado aquí. Ellos lo saben, y yo también. ¿Qué cree que ocurrió entonces? ¿Piensa que éramos amantes?

—No he pensado nada. No tengo derecho a mezclarme en la vida ajena.

—Entonces, yo misma se lo referiré. Aquella noche, amigo mío, yo...

Estuvo a punto de conocer la verdad sobre la muerte del hombre de Primrose Hill. Pero algo lo evitó, justo en ese momento. Fue la sorda imprecación de John Keller, quien quitándose el auricular del oído, comentó en voz alta, llenando la sala con su potente tono:

—¡Otro crimen! ¡Otro crimen del *Sanguinario*! ¡Han encontrado otra víctima suya en Saint James Park! Acaba de darlo el boletín de noticias...

Los jugadores de ajedrez alzaron sus cabezas, con aire irritado. Los del *bridge* dejaron de jugar para atender las exclamaciones de Keller. Daphne se estremeció, dejando de hablar. Lee giró con rapidez la cabeza hacia el barbudo Keller.

—¿Qué clase de crimen ha sido? —quiso saber—. Lleva ya varios en pocos meses...

—Otra vez una chica... —jadeó Keller, restregándose la barba—. La hallaron junto a *Gardens*

Memorial's

, en el estanque. Le habían cortado los senos y tenía una terrible cuchillada en el cuello.

—Es la técnica habitual del *Sanguinario* —comentó pensativo

lord Dorian Soul, apoyando distraídamente su mano en la dama de su tablero, con la que jugueteó, brillantes y vidriosos sus ojos—. *Sir Alan*, ¿no le excita la idea de matar a una bella joven y mutilar luego sus senos? Debe resultar de una morbosidad delirante...

—¡*Lord Dorian*! —Silabeó duramente el que fuera violador y asesino una vez. Había palidecido con intensidad—. ¿Vuelve a insultarme quizá?

—No, por Dios. Es que observé cómo humedecía sus labios y temblaban sus manos, al oír en boca de nuestro amigo Keller los espantosos detalles de ese crimen. Creí que veía en él algo... excitante.

—Váyase al diablo —rugió *sir Alan*—. No quiero pagar otras mil libras y figurar en un expediente por culpa suya. ¿O es que usted tampoco sabe lo que es matar a una mujer inofensiva?

—Lo hice una vez —rió *lord Dorian*—. Pero era mi esposa. Y le aseguro que no tenía nada de inofensiva... ni con la lengua ni con sus hechos.

—Ya basta, caballeros —cortó fríamente el doctor Christie—. Yo tengo más experiencia que ustedes en eso de matar mujeres, pero ninguna me causó especial remordimiento ni dolor. Eran viudas que habían matado a disgustos a sus maridos, para luego malgastar la herencia con cualquier hombre que las complaciese sexualmente. Tenían que haber visto a las malditas intentando ser voluptuosas a sus años...

—Pero el *Sanguinario* no mata a esposas crueles ni a viejas damas viciosas, sino a muchachas solitarias, en solitarios lugares de Londres —señaló con voz fría Ned Stuart, el galán cinematográfico—. Es diferente, ¿no creen?

—Muy diferente —asintió el largo, sombrío y taciturno Patrick Russell—. Si no he contado mal, ésta es su víctima número doce...

—Trece —rectificó suavemente Lee Warren.

Rápida, le miró Daphne curiosa.

—Vaya... —comentó—. ¿También a usted le interesa el caso del *Sanguinario*?

—Todo Londres está pendiente de él —asintió Lee—. No es un criminal vulgar. Es un monstruo, una fiera implacable y feroz a quién habría que aplastar como a una alimaña. Ni siquiera busca beneficio material o viola a sus jóvenes víctimas. Sólo goza

matando, matando siempre...

Hubo un silencio en el salón. Desde la puerta, llegó la fría, suave voz de *lord Peter*:

—Estamos totalmente de acuerdo, amigo Warren. Ésa es la única clase de asesino que jamás tendría lugar en mi club, se lo aseguro... No hay nada humano en él. Es como una bestia repugnante. Seres así, me asquean y me aterran. Por favor, no hablen más de él. Sigán con sus cosas, se lo ruego.

Así lo hicieron, aunque con cierta dificultad, porque todos comentaban ahora el nuevo crimen del *Sanguinario* que, sin duda alguna, haría olvidar pronto la muerte del exinspector Treadwell y el hallazgo de su cadáver en el Támesis. Después de todo, el *Sanguinario* era en la actualidad para los ingleses, algo así como Jack el Destripador en el pasado.

—Otra vez... El decimotercer crimen del *Sanguinario*, sargento Baker.

—Sí, señor —suspiró el policía, introduciendo una serie de fotografías de una joven mutilada, junto con datos, informes y fichas, en un voluminoso *dossier*—. No sé cuándo cerraremos este caso, señor.

—Yo tampoco. Daría parte de mi carrera a cambio de ello... —El inspector-jefe Gregson meneó la cabeza, con gesto ensombrecido—. Pobre muchacha... Una más en su lista. Y nosotros, sin poder hacer nada.

—Los periódicos han olvidado enseguida el asunto Treadwell, señor —explicó el sargento—. Ya nadie se acuerda del antiguo inspector. Sólo se vuelve a hablar del *Sanguinario*...

—Por desgracia, sí —admitió sordamente Miles Gregson con un golpe seco sobre su mesa. Luego se puso en pie—. Bien, sargento Baker. Me voy. Es hora de almorzar, y aunque ese maldito criminal me ha quitado bastante el apetito, no es cosa de mantenerse en ayunas con todo este trabajo del diablo...

Recogió su sombrero, bastón y gabardina, y abandonó New Scotland Yard con paso rápido y nervioso. El sargento Baker, prosiguió con su tarea en los archivos.

En la calle, el nublado volvía a cubrir el sol sobre Londres, y una fina llovizna empezaba a mojar el asfalto de la ciudad. El inspector-jefe Gregson echó a andar resueltamente por la acera, hasta que

tomó un taxi en la esquina inmediata.

—Vaya hacia Chelsea —pidió—. Pero de los mayores rodeos posibles, para eludir a cualquiera que nos siga. Si advierte que alguien viene detrás, trate de burlarlo.

Y tras dar esas instrucciones al sorprendido taxista, le mostró su credencial de alto funcionario de Scotland Yard.

—Sí, señor —se apresuró a asentir el hombre—. Como usted diga. Déjeme que lo haga a mi modo. Soy un experto en cosas así.

El inspector Gregson suspiró, retrepándose en el asiento, y deseando que el conductor no se equivocara en su apreciación. Poco más tarde, observó que, en efecto, se podía confiar en él. Ni una sola vez se repitió tras ellos un vehículo determinado. Hubiera sido capaz de burlar al más experto vigilante, policiaco o no.

Por fin, el taxi arribó a Chelsea. El inspector le hizo detenerse a la altura de Oakley Street, la calle que iba a desembocar en el Puente Alberto, y pagó complacido la carrera, añadiendo una generosa propina y felicitando cordialmente al taxista que, orgulloso de sus méritos, se alejó de la zona con su negro y tradicional vehículo de alquiler.

El inspector se encaminó resueltamente hacia un pequeño local situado en Cheyne Row, a espaldas del hotel Carlyle, y allí entró, tras dirigir una prudente ojeada en torno y comprobar que se hallaba libre de cualquier posible vigilancia.

El local, una pequeña *pub* de blancas puertas y ventanales, con vidrios color caramelo, resultaba acogedor, y más con la lluvia persistente de allá fuera. Se sentó en una mesa situada entre dos paneles de madera a modo de reservado, y pidió una cerveza negra. Consultó su reloj, impaciente, como si esperase a alguien.

No duró mucho la espera. Cosa de cinco minutos más tarde, la puerta de la *pub* se abría de nuevo, y un hombre con gabardina azul oscura entraba en el local, dirigiéndose sin vacilaciones a la mesa del inspector-jefe Gregson.

Se sentó frente a él, tras pedir al camarero una cerveza *lager*. Luego, ambos hombres se miraron en silencio.

—Buenas tardes, inspector Gregson —saludó el recién llegado.

—Hola. Buenas tardes, amigo Warren —fue la respuesta del policía, sonriente y amable, al detective privado Lee Warren.

CAPÍTULO V

—¿Cómo van las cosas en el Club del Crimen?

—No demasiado bien. Es muy complicado llegar a algo concreto, inspector.

—Pero ese hombre, *lord Peter Duncan*, ¿puede ser acusado de algo con evidencias?

—Si llegamos adónde tiene sus confesiones firmadas, tal vez. Aun así, es muy listo. Podría escabullirse de nuestras manos fácilmente. Sin embargo, usted no me encargó este caso para que le capturase a *lord Peter*, ¿no es cierto, inspector?

—Muy cierto. A quien quiero que capture es a otra persona... siempre que esa persona no resulte ser *lord Peter*.

—*Lord Peter* no me parece un asesino.

—Pero colecciona asesinos.

—Sí, eso es cierto. Su extraño *hobby* sólo podría ser castigado como encubridor.

—Y chantaje sobre los asesinos, además.

—Sí, por supuesto. De todos modos, yo no me he preocupado en exceso de él. No me parece un criminal, aunque podría serlo, y de altos vuelos; lo cierto es que es un hombre complicado y extraño, un raro ejemplar humano.

—¿Y los demás?

—Cada cual tiene su personalidad. Muchos son auténticos criminales, asesinos natos. Otros, creo que son víctimas de circunstancias, de pasiones... Es difícil definir. Y más aún, encontrar a uno de ellos... que sea el que buscamos.

—Pero usted sabe lo que dijo aquel infortunado antes de morir...

—¿Jeremy Marlowe? —El detective asintió lentamente con la cabeza—. Sí, lo sé. Él sabía quién de sus compañeros de club era el peor desalmado, el criminal más brutal y monstruoso que pueda

imaginarse. Pero no llegó a revelarlo a nadie. Sólo pudo decirnos, ya moribundo tras el accidente de automóvil, que un miembro del Club del Crimen... era el *Sanguinario*.

—Exacto. Uno de ellos lo era. Y murió tras esa confesión. Luego descubrimos que el supuesto «accidente» había sido preparado minuciosamente por alguien, para provocarlo y matarle.

—Me temo que esa clase de técnica se haya repetido últimamente.

—¿Cómo? —Se sobresaltó el inspector.

—Hubo alguien que sufrió también un accidente. Un miembro del club.

—¿Quién?

—La chica: Daphne Robbins. Estuvo a punto de morir. Los frenos de su coche fallaron. Tal vez fueron manipulados.

—Sí, tal vez... ¿Por qué ella esta vez?

—Quizá sepa algo. O sospeche algo sobre algún miembro del club. Tal vez ni ella misma se haya dado cuenta y posea información importante. Me temo que esté en peligro. Y más, siendo mujer. Son las víctimas preferidas del *Sanguinario*.

—Maldita sea, de sobra lo sé... —jadeó roncamente el hombre de Scotland Yard—. Ya ha visto el último crimen en Saint James Park. La pobre muchacha hallada en el estanque... Era algo horrible ver su cuerpo mutilado.

—Lo imagino —Warren encajó las mandíbulas—. Por eso estoy trabajando con ustedes en un asunto tan feo y peligroso. No resulta cómodo sentirse sospechoso de homicidio y tener que hacer lo que quiera ese maníaco.

—Le comprendo muy bien —sonrió Gregson, afirmando—. Pero usted sabe que no es ningún homicida, que ese cadáver del río es el de un pobre diablo sin identificar, y que el bueno del exinspector Treadwell, tras la farsa montada en la orilla, está ahora a salvo, bien oculto, siguiendo nuestro juego.

—Un juego que sólo usted, él y yo conocemos —le recordó Warren—. Los demás, siguen pensando de mí lo peor.

—Eso no debe importarle demasiado, amigo mío. Usted es el hombre idóneo para llevar a cabo esta tarea, y eso es lo que cuenta. Ahora, deme una descripción detallada de cada uno de los miembros de ese club. Lo demás, es asunto mío. Tenga en cuenta

que será siempre vigilado de cerca, para evitarle posibles riesgos. No es que tema sólo a *lord* Peter, sino sobre todo a ese miembro del club que, no contento con ser ya un homicida conocido, es también capaz de matar sólo por placer, bajo el apodo de el *Sanguinario*, aterrorizando a todo Londres.

—Le aseguro, inspector, que la atmósfera de ese círculo de homicidas me logra a veces impresionar. Es delirante, como si no fuera posible que existiera un lugar semejante. Pero existe. Y lo importante es terminar con él alguna vez, permitir que todos los allí reunidos paguen sus culpas y se termine esa morbosa colección de seres humanos.

—Sólo existe un medio para ello: demostrar que *lord* Peter preparó sus coartadas y resolvió sus problemas con la justicia mediante trucos y juego sucio. Cuando eso se pueda llevar a los tribunales, el *hobby* enfermizo de *lord* Peter Dunham habrá tocado a su fin. Pero no antes de que sepamos cuál de sus «ejemplares» es nuestro hombre, y pueda ser aprehendido. Ése es su trabajo.

—Trabajo que estoy intentando llevar a buen fin, inspector. Confío en que nadie sepa que nos hemos reunido aquí.

—Por mi parte, esté bien seguro. Nadie me siguió. ¿Usted tuvo buen cuidado?

—Adopté todas las precauciones imaginables. ¿Qué piensan hacer con Daphne Robbins?

—La haré vigilar, por si el *Sanguinario* atenta contra ella. Usted, mientras tanto, deberá tratar de descubrir si, realmente, ella sabe o sospecha algo. ¿Tiene buena relación con ella?

—Sí, bastante buena. Pero es un tema difícil. Además, siempre hay alguien escuchando, vigilando... Y ni siquiera puedo saber si es un simple curioso que recela de mí... o el *Sanguinario* en persona.

—Trate de obrar con cautela. No se precipite. Y en caso de máximo peligro, no dude en llamarme.

—De acuerdo, inspector —apuró su cerveza y se puso en pie—. Hasta la próxima vez.

—Volveremos a comunicarnos mediante el anuncio en el Times, no lo olvide.

—Si algo tengo, es buena memoria, inspector. Sobre todo, en los asuntos que afectan a mi seguridad. Hasta entonces. Y no deje de ocuparse de esa chica.

—¿Por qué le preocupa tanto Daphne Robbins? ¿Por lo que pueda saber... o porque le gusta la chica? —se interesó Gregson, irónico.

—Por ambas cosas, inspector —fue la sincera respuesta de Lee Warren, antes de abandonar el *pub* de Chelsea, bajo la fina e intensa llovizna.

El inspector Gregson recogió el resultado de la autopsia de la víctima última del *Sanguinario*. Echó una ojeada al informe forense.

—Nada nuevo —suspiró cansadamente—. Muerta por el corte de su cuello. Degollada. Luego... el asesino cortó sus pechos. No trató en momento alguno de forzarla. No hay señales de violencia sexual. Como en los casos anteriores, sargento.

—Sí, señor —asintió Baker—. No hay ninguna novedad en ese informe. Se ha repetido infinidad de veces desde que ese monstruo anda suelto por Londres...

Gregson puso el informe junto con los demás datos archivados en el *dossier* voluminoso del *Sanguinario*. Luego, se lo devolvió al sargento Todd Baker con gesto mecánico.

—Guárdelo —le pidió—. Junto con los demás, sargento. Me temo que ese *dossier* irá creciendo y creciendo... Hasta ahora no hemos logrado nada positivo para terminar con la carrera asesina de ese hombre.

—Le veo muy pesimista, señor.

—Tengo motivos para ello, Baker. Las cosas no van demasiado bien.

—También han enviado del forense los informes sobre el cadáver del Támesis, señor —dijo bruscamente Baker, frotándose el mentón.

—¿Los informes...? ¿Se refiere a los relativos al exinspector Treadwell?

—Sí, por supuesto —Baker puso un gesto de perplejidad—. Pero hay algo raro en ellos, señor...

—¿Raro? —El inspector Gregson enarcó las cejas—. ¿Qué es ello, sargento?

—Bueno, señor, el cadáver corresponde a un hombre veinte años más joven que el antiguo inspector. Además... no murió de un disparo, sino de un infarto. Debió caer al agua desde algún puente o desde la orilla, cuando sufrió el ataque cardíaco... Por supuesto,

señor, no es, no puede ser, el exinspector Treadwell. Usted se equivocó al hacerle la identificación...

—No, sargento —rechazó Gregson, preocupado—. No le identifiqué erróneamente, se lo aseguro. Sabía lo que hacía.

—Pero... pero eso no tiene sentido. ¿Usted sabía que él no era Treadwell?

—Siempre lo supe, sargento.

—No le entiendo, señor.

—Lo entenderá dentro de poco. Ahora, límitese a decir a la Prensa que el cadáver del exinspector Treadwell ha sido sometido a la autopsia, y ha revelado que un disparo de calibre 38 fue la causa de su muerte.

—Pero...

—Añada algo más: el detective privado Lee Warren, por diferencias conocidas de todos con el antiguo inspector de Scotland Yard, podría ser detenido como sospechoso del crimen. Eso es todo.

—Señor, eso es absolutamente falso...

—Claro que lo es, sargento. Sin embargo, ésa será la nota oficial a la prensa y medios informativos, ¿está claro? Esto es una orden, sargento. No pregunte las razones. Ni hable de ello con nadie, comentando los hechos.

—Bien, señor —asintió Baker, dominando su perplejidad—. Así será.

Y lleno de asombro, comenzó a redactar una nota para los periodistas, mientras el inspector Gregson abandonaba la oficina con gesto grave e indescifrable.

Apenas hubo salido Gregson de la oficina, Baker descolgó el teléfono. Pidió línea directa con el exterior. Marcó un número determinado, que parecía conocer muy bien de memoria. Esperó.

Al otro lado del hilo, descolgaron el teléfono.

—¿Sí? —Sonó una voz fría y calmada—. ¿Quién llama?

—Baker, señor.

—Ya. Soy, yo, Baker. ¿Alguna información especial?

—Una muy especial. Es urgente.

—Vamos, hable. ¿O prefiere usted reunirse conmigo en alguna parte?

—No. Bastará con pocas palabras. Se refiere al último miembro, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Qué ocurre con él?

—El cuerpo. No es el que dicen que es. El informe oficial es falso. Hay algo oscuro en esto. Un truco, ¿entiende, señor?

—Sí. Me temo que entiendo muy bien. No me bastan esos datos. Use un teléfono exterior cuanto antes. Deme el informe completo, Baker. Es importante.

—Sí, señor —el sargento consultó su reloj—. Dentro de una hora dejo el servicio. Será mejor que le llame entonces desde la calle, de alguna cabina pública.

—Conforme. Estaré esperando.

Lord Peter Dunham escuchó el informe detallado, una hora más tarde.

Al final, mientras meditaba con gesto sombrío, respondió secamente:

—Muy bien, Baker. Un buen trabajo. No haga ni diga nada que pueda hacer que sospechen de usted en el Yard. Le necesito mucho ahí para todos los informes relacionados con mi club. Sin usted, tendría que buscar a otro informador. Y ninguno estaría mejor situado que usted, como archivero de *dossiers*. Le enviaré doble gratificación esta semana. Se la ha ganado.

Colgó, cortando las palabras de gratitud de Todd Baker, el sargento de New Scotland Yard. Se quedó pensativo, con rostro inmutable. Pero sus ojos azules centelleaban glacialmente, como dos trozos de hielo.

—Ese policía, Gregson... —Silabeó, hablando consigo mismo en voz alta—. De modo que todo es un sucio truco... Seguro que no hay víctimas ni homicidio. Todo fue planeado. Y sólo podía haber un motivo. Ellos sabían que nosotros vigilábamos a Lee Warren. Él preparó todo el artefacto para hacerme picar el anzuelo. Y ahora... tengo entre mi gente a un espía, a un hombre que trabaja con la policía para terminar con mi club...

Sus ojos se entornaron, en expresión ladina y cruel. Su boca se curvó en una mueca sardónica. Y clavando sus ojos en el vacío, empezó a hablar sordamente:

—Ahora ha llegado mi ocasión, amigo Warren. Y vas a saber cómo juego yo cuando se rompen las reglas...

Sus dedos, mecánicamente, estrujaron una pluma estilográfica, que se hizo añicos entre sus dedos. La tinta roja, como si fuera

sangre, se deslizó entre los dedos del aristócrata...

CAPÍTULO VI

—Es la primera vez que paseamos juntos... y charlamos fuera de casa.

—Sí —asintió Daphne Robbins, tras un silencio—. La primera vez, Lee. Resulta algo extraño, ¿no? Es como si fuéramos realmente seres normales.

—¿Acaso no lo somos?

—Usted sabe que no —suspiró ella, deteniéndose en la esquina de Berkeley con Piccadilly Street, frente al puesto de periódicos donde se anunciaban en grandes titulares las noticias sobre el último crimen del *Sanguinario*—. No somos normales en nada, virtualmente. Usted y yo somos ejemplares de un museo viviente, figuras de colección que alguien contempla en su dorada vitrina.

—Pero seguimos siendo seres humanos, Daphne.

—A veces lo dudo. Es como si dentro de ese edificio dejara uno su piel de humano y se convirtiera en un simple objeto inanimado, en algo que está solo a merced de las manos caprichosas de un hombre.

—¿Lord Peter Dunham?

—Sí, ¿quién si no? —Daphne meneó la cabeza tristemente—. Me pregunto por qué tuve que hacer entonces lo que hice... para terminar en esto.

—¿Se refiere a la noche de Primrose Hill?

—Sí, exactamente. Aquella horrible noche...

—Me ha dicho una vez que Dennis Powell no era su amante...

—No lo era. Sólo mi jefe. Yo había tenido mucho trabajo esa noche. Me rogó que me quedase hasta tarde. No era la primera vez que ocurría.

—¿Era... una trampa? —sugirió Lee Warren.

—Sí, lo era. ¿Cómo lo sabe?

—No era difícil de imaginar. ¿Qué pretendió él? ¿Un romance a

viva fuerza?

—Sí. Era la primera ocasión en que lo intentaba. Parecía fuera de sí. Me persiguió por toda la casa y el jardín. Parecía como drogado. Yo me defendí...

—¿Le golpeó con la estatuilla de piedra?

—No, no. Yo no le golpeé en ningún momento. Todo fue tan tremendamente desgraciado... Me había acorralado ya. Empezó a manosearme, a hundir sus manos debajo de mi vestido, a tocarme impúdicamente, casi con brutalidad. No sé lo que ocurrió, pero lo intenté apartar de un empujón. Se fue atrás ligeramente, riéndose de mis esfuerzos por huir de él. Dijo que no saldría de allí sin ser suya. Entonces, cuando volvió a acosarme, le empujé de nuevo y...

—Siga, por favor —le rogó Lee, pensativo.

—Fue espantoso —cerró los ojos y se apoyó en la pared—. Tropezó, yendo a parar contra la barandilla de piedra del jardín. La estatuilla se desprendió, golpeándole en el cráneo. Vi salir sangre de sus cabellos. Grité, al ver su rostro donde se mezclaba el furor, el dolor y los regueros sanguinolentos... Él, rabioso, trató de perseguirme, de venir contra mí. Sus pies tropezaron con la estatua que acababa de herirle, perdió el equilibrio, y cayó de espaldas.

Lee no dijo nada. Estaba conduciendo ahora a la joven a la puerta de un cercano establecimiento. Ella terminó, muy pálida:

—Le vi golpearse en la nuca, sobre la piedra de la barandilla. Por la forma en que ello sucedió, por el crujido de su cabeza, por la expresión de sus ojos, repentinamente dilatados y vidriosos, y por la forma en que quedó torcida su cabeza, comprendí enseguida, con horror, lo que había sucedido: se había roto la nuca. Estaba muerto. Fui tan estúpida, que le traté de ayudar, de prestarle algún auxilio, por si mis temores eran infundados, y le moví de su postura original, hasta comprobar que estaba en lo cierto y nadie podía hacer nada por él. Le dejé allí, sin advertir que ahora parecía realmente que la estatuilla de piedra le hubiera golpeado por dos veces fatalmente. Y que al moverle, yo había tocado esa estatuilla, para apartarla, dejando mis huellas en ella. Todo eso me culpaba directa, totalmente.

—Pero no fue un asesinato. Ni tan siquiera un homicidio. Él se mató al caer. Usted jamás intentó hacerle ese daño irreparable. Estaba defendiendo su honestidad.

—Eso ya no sirve —dijo amargamente ella, dejándose sentar ante una mesa de un salón de té, mientras Lee lo hacía frente a ella—. Firmé mi confesión. La tiene *lord* Peter. En ella confieso mi homicidio. A cambio de ello, él se las ingenió para que alguien borrara las huellas de esa estatuilla, y unos testigos me facilitarían una coartada. He obtenido un empleo y me siento segura. No puedo retroceder.

—Entiendo —Lee afirmó despacio, mientras echaba una ojeada al menú del local. Una joven camarera se aproximaba a ellos con paso rápido—. ¿Qué van a tomar?

—Té.

—Bien —Lee miró a la camarera—. Té para dos. Con pastas, por favor.

—Sí, señor. ¿Con limón, leche o solo?

—Yo, con limón —dijo Daphne.

—Yo, solo —la camarera se alejó. Lee volvió a concentrar su atención en la joven Daphne—. Está en sus manos totalmente, ¿no?

—Sí —los ojos de ella buscaron los suyos—. ¿Usted no?

—Claro. Lo mismo que todos. ¿Cómo entró en relación *lord* Peter con usted?

—Cuando me buscaban como sospechosa del crimen. Yo le dije que era imposible arreglar lo de la estatuilla con mis huellas, pero él dijo que no me preocupase. Y en efecto, así fue. La estatuilla, inesperadamente, no tenía huellas cuando la revisó el laboratorio de la policía.

—Es muy raro —admitió Lee, pensativo. Luego, trató de cambiar de tema—. ¿Supo algo sobre el accidente del otro día? ¿Qué hallaron al revisar su coche?

Daphne pareció sobresaltarse de repente. Le miró, muy fija.

—¿Por qué sabe que encontraron algo en el taller? —indagó, alarmada.

—No, no lo sé —sonrió Lee—. Era una simple suposición.

—Pues acertó. Había una avería. Provocada, según el mecánico. Alguien estropeó los frenos. Quitó el líquido de uno, y desconectó el de mano. Pude haberme matado.

—¿Quién podría desearle un mal así?

—No lo sé. Estoy asustada. Creí que nadie sospechaba algo parecido. Y usted me lo pregunta...

—No hubiera sido la primera víctima. Recuerde a Jeremy Marlowe. También lo mató un coche. Fue arrollado, aplastado por un vehículo que se dio a la fuga, en el centro de Londres.

—Es diferente. Eso pudo ser accidental. Lo mío, no.

—Me temo que ninguna de las dos cosas fue un accidente.

—¿Por qué cree eso? —Daphne le miró fijamente—. Usted es un hombre extraño, Lee. A veces, dudo que pueda ser uno de nosotros. No parece como los demás.

—¿Por qué no? —sonrió Warren—. Soy un homicida, como cualquiera. Peor que usted. Yo sí disparé un arma contra un policía.

—Lo sé, pero... me resulta extraño imaginarle como un homicida, Lee. ¿Por qué ha dicho que quizá ninguno de ambos hechos fue accidental? ¿Quién podría tener un interés concreto en matarme a mí o a Marlowe? Eso no tiene sentido...

—Para mí, ciertamente, no. Pero si él o usted sabían algo que era peligroso para alguien... eso podría ser un motivo.

—¿Qué quiere decir? —Enarcó Daphne Robbins sus cejas, mirando con estupor a Lee.

—No lo sé exactamente. Se me ocurrió que sólo eso justificaría un intento de asesinato, Daphne. Pero, naturalmente, usted no sabrá nada de ninguno de nuestros compañeros de club que justifique un acto tan brutal y terrible...

—¿Por qué habría de ser uno de los compañeros de nuestro club? —Pestañeó ella—. Eso no tiene sentido. Todos sabemos quiénes somos. Y quiénes son ellos. Conocer su historia, saber que son asesinos... No, nada de eso justificaría un intento de asesinato.

—Obviamente, no. Pero usted podría saber algo más... Algo más extraño y peligroso aún...

—Se equivoca, Lee —negó ella, rotunda—. ¿Qué podría yo saber? Creo que tiene usted demasiada imaginación. Tal vez Dennis Powell tuviera algún pariente... y éste quiera vengarse de mí. Es una posibilidad, ¿no?

—Sí, es una posibilidad —admitió Warren con escepticismo.

Les sirvieron el té. Mientras lo tomaban, Lee se dijo que si ella sabía algo, o no quería revelarlo... o ni siquiera caía en la cuenta de que fuese tan importante.

De súbito, tuvo el presentimiento de que alguien le miraba la nuca. Giró la cabeza vivamente. Clavó sus ojos en el ventanal del

salón de té.

Por segunda vez en poco tiempo, descubrió que ambos eran observados. Y por la misma persona, además.

Ned Stuart, el arrogante galán cinematográfico, clavaba sus verdes ojos en ellos desde el otro lado de la vidriera, escudriñadoramente. Apenas Lee clavó su mirada en él, Ned Stuart se alejó con rapidez, aprovechando el semáforo en verde. En ningún momento les dirigió el saludo o trató de justificar su curiosidad.

—¿Le ha visto? —indagó la joven con voz alterada.

—¿A Stuart? Sí, claro. Ya son varias las veces que le descubro espiándome.

—¿A usted? Creí que era a mí.

—No, no. Era a mí... Siempre es a mí. Pero la suya no es la mirada de un enamorado o de un admirador. No me gusta ese hombre.

—A mí tampoco. No hay ninguno que realmente me guste. Supongo que ellos pensarán lo mismo respecto a mí.

—Yo, no —sonrió ella inesperadamente.

—Gracias, Daphne. Es usted una gran chica. Quisiera ayudarla, si fuese posible...

—No, no es posible. Pero le agradezco sus deseos, Lee. Ya dije que me cae usted bien. Demasiado bien para ser uno de nuestro maldito grupo de criminales de museo...

—Ahora que he visto a Stuart —rehuyó Lee tratar sobre el tema que ella citaba—, recuerdo algo que usted comenzó a decirme, y que interrumpió la ocasión anterior, cuando descubrí que ese actor nos vigilaba...

—¿Qué era ello?

—Usted iba a recordar algo relacionado con Marlowe, su posible relación con él. Y no llegó a mencionarlo siquiera.

—¿Otra vez el asunto de Marlowe? —Daphne pareció incómoda—. Bueno, si tanto le interesa todo eso, le diré que sí recordé entonces algo... y que hace poco que me ha vuelto a venir a la memoria.

—¿Y es...? —La voz de Lee se mostró tensa, vivamente interesada en aquel detalle que podía ser insignificante, o revelador para su peligrosa misión dentro del Club del Crimen.

—Bueno, no creo que tenga particular importancia en absoluto.

Es algo que no se relaciona lo más mínimo con lo que estamos hablando, ni tan siquiera con su vida o la mía. Fue algo totalmente al margen de... de nuestro destino común, en calidad de miembros de este odioso club.

—Aun así, sería interesante saberlo, tal vez —sugirió Lee, cauteloso.

—Bien, se lo diré, si tanto le interesa. Ambos éramos igualmente aficionados a la lectura. Pero habrá observado que, si bien la biblioteca de *lord Peter* es muy amplia y selecta, falta un género en ella que no cuenta con un solo volumen. Ciertamente que no es en sí un auténtico género literario para los puristas, pero ha llegado a serlo, gracias a unos cuantos clásicos. Me refiero a la novela policíaca.

—¿La novela policíaca? —La perplejidad asaltó vivamente a Lee Warren en ese momento—. ¿Y qué tiene eso que ver con todo lo demás?

—Ya dije que se sentiría defraudado —sonrió ella suavemente, aunque con expresión bien seria—. Pero eso era lo que teníamos en común Marlowe y yo: la afición a la lectura. Entonces, él prometió prestarme un volumen en el que se estudiaba ese género a fondo, en especial a los maestros ingleses, como Agatha Christie, Edgar Wallace, Arthur Conan Doyle y otros. Se trata de un ejemplar de *La Historia de la Novela Policiaca Anglosajona*, ya totalmente agotado, en edición de 1955.

—¿Y eso fue todo? —Mostró Lee su desencanto fácilmente.

—Eso fue todo —un suspiro escapó entre los labios de la joven Daphne—. Le aseguro que es un estudio interesantísimo de todas las virtudes y todos los defectos del género, desde los tópicos habituales hasta las innovaciones efectuadas por sus autores, a lo largo de una amplia serie de ejemplos ilustrativos. Como ve, nada especial, fuera de su valor intrínseco como obra de ensayo. Eso fue lo que Marlowe y yo tuvimos en común. Imagino que *lord Peter* no desea tener allí obra alguna de crímenes, para no provocar tensiones o traumas en sus huéspedes, y Marlowe tuvo esa gentileza conmigo. Ahí acaba todo, Lee.

—Sí, entiendo —Warren afirmó con la cabeza, dirigiendo una pensativa mirada a la calle, donde no vislumbró a persona alguna que pudiera vigilarles—. De todos modos, amiga mía, sigo pensando que, por alguna razón, su vida puede peligrar. Viva alerta. Es un

buen consejo.

—Lo tendré en cuenta —ella apuró su te lentamente. Luego, de súbito, levantó los verdes ojos hacia él, le contempló largamente, y soltó una pregunta inesperada—: Lee, ¿por qué me hizo todas esas preguntas? ¿Tiene algún interés especial en lo que sucede?

Warren pareció levemente confuso. Podía hacer muchas cosas, pensó. Desde confesar a la joven la verdad, hasta seguir mintiendo. La primera alternativa era muy peligrosa. Después de todo, ella sí era un miembro de pleno derecho del Club del Crimen. Y él era solamente un detective, investigando un hecho criminal.

—Verá... —Tras una leve duda, tuvo una salida intermedia y bastante evasiva—. Por lo que yo siento auténtico interés... es por usted, Daphne. Creí que lo habría notado ya...

Ella se echó a reír ligeramente hacia atrás. Sus mejillas se tiñeron de un suave rubor, y contempló a Warren con sorpresa. Sus pupilas destellaron con una luz nueva, que quizá revelaba excitación. Pero su respuesta no resultó en absoluto esperanzadora para Lee:

—Creo que sería mejor que no pensara en ello, amigo mío —murmuró—. No somos personas normales, usted lo sabe. Nuestras vidas están marcadas de modo irremisible. Pertenecen a *lord* Peter Dunham, no a nosotros mismos. Y ahora, salgamos, por favor. Tengo cosas que hacer esta tarde...

—Daphne, trate de comprender... —insistió Lee, poniéndose en pie al hacerlo ella, y depositar un billete en la mesa—. Yo...

—Lo he comprendido todo demasiado bien, Lee —le cortó la joven—. Y créame, será mejor así. Buenas tardes.

Aunque la siguió hasta la puerta, ella se adelantó con paso presuroso en la acera, detuvo un taxi y se subió a él, alejándose hacia Green Park.

Lee Warren se quedó en la acera de Piccadilly, viéndola alejarse con expresión ensombrecida. Sacudió la cabeza, desorientado.

—*La Historia de la Novela Policiaca Anglosajona*... —repitió para sí, con tono decepcionado—. Y eso fue todo... No es posible. Ella ha olvidado algo, sin duda alguna. Pero ¿qué puede ser? ¿Qué es lo que sabía Jeremy Marlowe y puede saber también ella?

Era una pregunta sin respuesta. Echó a andar, pensativo, dando vueltas en la cabeza a su interrogante.

CAPÍTULO VII

Lee Warren entró cansadamente en su oficina, tras haberse pasado parte de la noche siguiendo a una dama socialmente notable, contra la que un esposo celoso deseaba entablar demanda de divorcio por infidelidad conyugal.

Eran sólo sospechas, pero el detective tenía ahora pruebas suficientes para que su cliente hiciera tal demanda sin pérdida de tiempo. Había seguido los pasos de una mujer que pese a toda su condición, no era más que una vulgar ninfómana, capaz de las mayores abyecciones. La había visto, en una sola noche, visitar los hoteluchos más deplorables de

Earl's

Court, acompañada de varios hombres. Desde un rubio mozalbete demasiado joven para ella, hasta un negro vigoroso y con tatuajes en su piel.

Con aquellas evidencias, el marido podría separarse de ella sin pasarle un solo penique en toda su vida, que era de lo que se trataba. Warren dejó caer su larga y delgada figura en la crujiente silla de su despacho, rumiando para sí en torno a las lacras que a veces tiene el ser humano, incluso bajo el más refinado de los barnices.

Su cliente le había pedido pruebas concretas, y las tenía. Era un trabajo desagradable, incluso humillante a veces, pero ése era su trabajo, después de todo, y tenía que aceptarlo como era.

Con una cámara especial japonesa, dotada de un objetivo sumamente luminoso y una película altamente sensible, había llegado a fotografiar a la esposa infiel en las más obscenas posturas, a través del orificio abierto previamente en el muro de separación de su dormitorio de aquel infecto hotel, con el que él, gracias a una generosa propina al conserje, haciéndose pasar por un *voyeur* caprichoso, había alquilado en la misma planta, pared con pared.

De ese modo, obtuvo negativos vergonzosos para la mujer y, suponía, también para el marido. Desde el modo de seducir al jovencito inexperto, hasta los abusos con el negro vigoroso, toda una variada gama de posturas y de alardes eróticos obraban en su poder en estos momentos, esperando pasar a su cliente. Realmente, la dama era una experta en ciertas técnicas sexuales, como podía apreciarse en la fotografía donde se arrodillaba entre las piernas musculosas del negro, o en donde lograba que el imberbe llegase al paroxismo con su cuerpo maduro, pero todavía pleno y deseable.

—Basura... —jadeó, contemplando casi con náuseas aquellas fotografías recién reveladas, con el festín erótico de una noche de la mujer infiel, en compañía de cuatro amantes distintos que no parecían satisfacer totalmente sus apetitos desenfrenados—. Todo maldita y sucia basura... Peste, qué asqueroso oficio el mío...

Pero a fin de cuentas, seguía siendo su oficio. Al día siguiente, muy de mañana, llamaría a su cliente y le citaría allí. El resto, era sencillo. Aquellas fotografías le valdrían a él cien libras. Y a la lujuriosa dama, el divorcio sin compensación económica alguna.

En ese momento, sonó el teléfono.

Sorprendido, Lee consultó su reloj. Eran las dos y veinte de la madrugada. Demasiado tarde para ningún cliente. Bostezó. No quería atender llamadas. Tenía sueño y cansancio. Necesitaba una buena ducha y retirarse a dormir.

Pero el teléfono insistía una y otra vez. Airado, descolgó.

—¿Sí? —preguntó abruptamente.

—¿Señor Warren? —Sonó una inconfundible voz educada y suave.

—En persona. ¿Qué diablos ocurre a estas horas, *lord Peter*? —refunfuñó, irguiéndose en su asiento—. ¿Cómo supo que estoy aquí?

—No lo sabía. Intenté comunicar con su domicilio, sin conseguirlo. Intenté probar ahí, y veo que con suerte. ¿Mucho trabajo esta noche?

—Bastante, sí. Ahora mismo me iba a dormir...

—Pues tendrá que esperar un poco más. Venga aquí enseguida.

—¿Eh? —Warren se sobresaltó—. ¿Ahora? ¿Al club?

—Exacto. Ahora mismo. No se demore. Le estoy esperando.

—Pero... pero es muy tarde ya. Sería preferible mañana por la mañana a...

—No. He dicho ahora —cortó glacialmente la voz—. Es una orden, Warren, ¿ha entendido bien?

—Se le entiende todo, *lord* Peter —rió entre dientes Lee, con gesto de hastío—. Sí, muy bien. Estaré enseguida. Espero que, cuando menos, sea breve...

—Lo seré. Tiene mi palabra. Podrá irse a dormir enseguida. Pero no se demora más. Le estoy esperando. Y el asunto no admite aplazamientos.

Colgó. Lee se frotó el mentón, pensativo. Le preocupaba aquella llamada intempestiva del hombre que tenía en sus manos los hilos de una serie de marionetas humanas. Había algo extraño y siniestro en ello. Le hubiera gustado saber lo que era, pero no tenía otra alternativa que acudir. Había llegado demasiado lejos para volverse ahora atrás. El inspector Gregson nunca le perdonaría que le dejase en la estacada en el momento en que más falta le hacía.

Se limitó a lavarse el rostro y las manos en el lavabo, mojando sus cabellos y peinándolos con descuido. Luego, cambió su arrugada gabardina por un liviano abrigo de entretiempo que no desentonaría en la fría noche, y abandonó su oficina, para dirigirse inmediatamente al Club del Crimen, a través de la poco frecuentada madrugada londinense.

Cuando pasó por Piccadilly, solamente la farmacia de la plaza tenía abierto, como de costumbre, ya que era de servicio permanente^[4]. Siguió adelante, hasta Berkeley Street, deteniéndose al fin ante el cerrado portal del llamador de bronce. La calma y el silencio eran absolutos en aquella zona señorial de Londres. El Club del Crimen no era una excepción en esa quietud de la madrugada.

Se aproximó a la puerta. Usó el timbre, como de costumbre, y esperó.

Esta vez, no fue Hastings, el mayordomo, quien le abrió. No fue su gesto grave y respetuoso, enmarcado por las frondosas patillas, el que le abrió la puerta. En su lugar, el frío y anguloso rostro de *lord* Peter, asomó en el vestíbulo tenuemente alumbrado.

—Entre —invitó con voz inexpressiva, tras mirar a uno y otro lado de la calle.

Cerró tras de sí, apenas estuvo Lee en el interior. El pestillo aseguró la entrada. Lentamente, el hombre se volvió hacia él. Le hizo una indicación, invitándole a pasar.

Lee lo hizo, parsimonioso. *Lord* Peter encendió la luz de un gabinete. Iba vestido con una bata de seda, anudada sobre su camisa impecable y su pantalón gris, de raya impoluta. Bien peinado y sereno, para él parecía ser igual el mediodía que la madrugada avanzada ya. No mostraba sueño ni cansancio. Ni emoción alguna.

—Bien, amigo Warren —habló con calma, tras un silencio—. Hay cosas de nuestro club que usted aún no conoce. Incluso algunas estancias que jamás visitó antes...

—¿Y para eso me ha hecho llamar con tanta precipitación? —se asombró Lee, empezando a mostrarse irritado con el aristócrata.

—Espere —sonrió éste—. Luego podrá hablar. Voy a mostrarle una estancia donde se pueden montar auténticos decorados teatrales para cualquier ocasión. Yo la llamo mi pequeño estudio, y en ella se haría verosímil cualquier situación, como puede hacerse en un auténtico estudio cinematográfico. Entre y verá, amigo mío...

Abrió una puerta, al fondo del gabinete. Antes de que Lee entrase, puso en sus manos un objeto.

—Tome —le invitó—. Esto dará el clima adecuado a la escena que va a ver, Warren.

Lee, sorprendido, notó que empuñaba un largo cuchillo de empuñadura de hueso. Vaciló, mientras *lord* Peter le empujaba dentro de la estancia vecina que, ciertamente, él no había visto antes de ahora.

Súbitamente, se dieron las luces en esa sala, casi cegándole. Confusamente, observó entonces que la mano de *lord* Peter, la que le había dado el cuchillo, estaba enguantada, y que el arma mostraba en su hoja señales rojas de sangre. Aturdido por la inesperada situación, Lee Warren se vio en una habitación que recordaba la de cualquier hotel barato, con una vieja cama metálica, una mesilla, un lavabo agrietado, y una falsa ventana asomada a una calle donde parpadeaba la luz, de un luminoso cercano. Todo ello, naturalmente, puro decorado, alumbrado con la intensidad con que podría estarlo un auténtico plato cinematográfico.

—¿Qué diablos significa...? —comenzó Lee, perplejo.

Y entonces descubrió los demás detalles de la estancia. Un violento estremecimiento sacudió su ser.

Había un hombre muerto en medio de la estancia. Acuchillado brutalmente. Y éste no formaba parte de ficción alguna. Era un hombre de edad avanzada y cabellos blancos, con el rostro crispado, los ojos desorbitados... Lee Warren le conocía bien. Y no pudo evitar que su nombre escapara de entre sus labios:

—¡Treadwell! ¡El exinspector Treadwell!

—Exacto, amigo mío —rió la fría voz de *lord* Peter a su espalda—. Él cadáver del exinspector de Scotland Yard, Alan Treadwell. Su presunta víctima del Támesis que, como se ve, salió ilesa de la inmersión y del falso disparo con cápsula de fogueo. Pero esta vez no tuvo tanta suerte. Está muerto y bien muerto. Y usted tiene en su mano el cuchillo con que fue muerto...

Lee soltó vivamente el arma, mirándole con horror. *Lord* Peter se echó a reír.

—¿Qué juego es éste? —Silabeó Warren, tratando de no delatarse—. Tal vez sobrevivió esa noche, se mantuvo luego oculto... y ahora... usted le ha asesinado, *lord* Peter. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—No sea necio, Warren —los ojos del aristócrata le miraban glacialmente—. Ha sido desenmascarado. Usted nunca mató a Treadwell, ni siquiera intentó matarle. Pero la gente sabrá ahora que sí le mató realmente, al descubrir que aún vivía y se ocultaba de usted. Esta escena lo demuestra.

—¿Cómo espera probarlo? Yo no toqué esta vez al inspector...

—Claro que no. Ni la otra tampoco. Usted, Warren, se alió a la policía para terminar con mi club. Y las cosas le han salido mal. Treadwell se prestó al juego, y se hizo pasar por muerto. Cualquier cadáver hallado en el Támesis pasaría por el suyo, porque la policía se ocuparía de eso. Y yo sería estúpidamente burlado. Sólo que tengo mis propios recursos, Warren. Y ésta es mi respuesta. Ahora sí está muerto de verdad Treadwell, y usted será el culpable, a ojos de todo el mundo. Esta escena fue preparada. Se ha filmado con una cámara oculta, y hay un videotape, por tanto, que le muestra a usted con el cuchillo en la mano, el momento en que lo arroja horrorizado, y todo lo demás. Yo quedo fuera de campo, ¿comprende? Ese video, enviado a la policía, mostrará su culpabilidad sin lugar a dudas.

Lee Warren se sentía furioso y casi violento. Hubiera triturado a

lord Peter sin piedad, sólo por el hecho de haber asesinado al anciano expolicía. Luego, recordó que el inspector Gregson conocía su misión, y no tenía nada que temer.

Más tranquilo, dominando su furia, miró despectivo a *lord* Peter.

—¿Qué espera lograr con esto? ¿Qué forme realmente parte de su maldita colección de asesinos? —Silabeó—. Está usted totalmente loco, si cree que me ha vencido...

—No, amigo mío. Yo siempre ato bien todos los hilos. Si confía en su amigo, el inspector Gregson, única persona con Treadwell que conocía su trabajo real en este asunto, está totalmente equivocado.

Un sudor helado, repentino, empapó la piel de Lee. Miró con auténtica inquietud a *lord* Peter. No le gustaba en absoluto el sesgo que tomaba el asunto. Su voz sonó muy ronca al preguntar:

—¿Qué... qué está queriendo dar a entender?

—Muy sencillo —sonrió el aristócrata, encaminándose al gabinete vecino—. A estas horas, amigo mío, su apreciado inspector Gregson está tan muerto como Treadwell... víctima de un supuesto accidente. ¿No es cierto, sargento Baker?

Y el sargento Todd Baker, de Scotland Yard, apareció tras el decorado, con una fría sonrisa, asintiendo con la cabeza.

—Sí, Warren —le dijo al detective—. Lamentablemente, tuve que ocuparme de eso. El inspector Miles Gregson ha encontrado la muerte al precipitarse desde la ventana de su domicilio al patio, con tal infortunio que se rompió el cráneo. Lo siento, pero ahora, la única persona que sabía cuál es su papel en este asunto, ha muerto. Ahora, usted será el asesino, y le ahorcarán por ello, no lo dude.

—A menos, naturalmente, que firme otra confesión completa —rió *lord* Peter con macabro humor—. Yo seguiré protegiéndole de todo peligro, si usted así lo quiere...

Despertó, pensando que todo había sido una pesadilla.

El acre sabor de su boca, las vueltas que le daba la cabeza y la presencia del diario en el suelo, junto a la rendija de su puerta, con la noticia en primera plana, le reveló que no era así, desgraciadamente para todos.

Los titulares de la última edición eran netos y espectaculares:

«Inspector de policía víctima de trágico accidente.

»El inspector Gregson, de Scotland Yard, cae por su

ventana y se mata».

Era espantoso, Treadwell, Gregson... Todos los que sabían su verdadero papel en el drama. Los que hubieran podido salvarle de cualquier acusación. Estaban muertos. Y el sargento Baker era un traidor, un hombre vendido al dinero del aristócrata del Club del Crimen. Ahora sabía por qué podía conocer todos los presuntos casos de homicidio o asesinato de Londres.

Aún le duraba el efecto del alcohol. No hubiese podido conciliar el sueño aquella madrugada, de no haber sido por el *whisky*. El frasco vacío yacía junto a su lecho. Tenía la lengua estropajosa, la boca reseca y la cabeza hecha un carrusel. Pero al menos, había dormido unas horas. Miró el reloj. Eran las dos de la tarde ya.

Fue al cuarto de aseo. Se duchó y se sirvió un vaso de jugo de tomate que casi le hizo vomitar. Luego, preparó un café solo, y entonces sí vomitó. Pero se sintió mejor, y pudo afeitarse sin que la temblara demasiado la mano. El espejo le devolvió una fea imagen suya. Demacrado, ojeroso, los ojos enrojecidos...

—Maldito sea *lord* Peter... —jadeó—. Estoy en sus manos. Y ahora, de verdad.

Leyó el periódico. No decía nada aún del hallazgo del cadáver de Treadwell en algún hotel barato de Londres, de cuyas habitaciones habría hecho *lord* Peter una copia en su «pequeño estudio», como él decía.

En cuanto al inspector Gregson, los datos eran horribles. Se atribuía a un posible desvanecimiento la caída del policía desde la segunda planta hasta el suelo de su patio, donde se desnucó. El accidentado había sido conducido a un centro hospitalario, donde solamente pudieron certificar su defunción. Se hallaba allí todavía, en el depósito, esperando la instalación de una capilla ardiente en lugar a determinar. No estaban autorizadas las visitas oficiales, y sólo únicamente las familiares. Nadie mencionaba allí la posibilidad de que hubiera sido víctima de un asesino. Evidentemente, el sargento Baker había sabido hacer su trabajo.

Lee Warren tiró el periódico con ira. Estaba cazado, y bien cazado. En el Yard no era muy estimado. Sólo Gregson había llegado a confiar en él. Ahora, si intentaba liberarse de *lord* Peter, le machacaría sin piedad. La madrugada anterior, antes de volver a su casa, había tenido que firmar aquella confesión. No tenía otra

salida.

Además, así tenía aún la oportunidad de seguir buscando a su hombre. Al *Sanguinario*. Aunque ahora, de poco podría servirle ya. *Lord Peter* no le permitiría que entregase a la policía a un ejemplar tanpreciado para su «colección».

Recibió la llamada de su cliente, solicitando aquellas pruebas, y Lee le citó en su oficina para aquella tarde. Luego, salió a comer algo, aunque apenas si probó bocado. No sentía el menor apetito. Caminaba por Londres como un sonámbulo.

De un modo casi instintivo, tras entregar aquellas fotografías a su cliente y recibir de éste un cheque que extendiera con mano temblorosa, quizá impresionado ante la visión de su mujer, obscenamente desnuda, en las más pervertidas posiciones, y con diferentes parejas, Lee se encaminó a Piccadilly.

A la altura de las galerías Burlington Arcade, la voz le sobresaltó:

—¡Lee! He estado buscándole en el club, en el salón de té de ayer... Imaginé que no andaría lejos de por aquí.

Se volvió, clavando sus ojos sombríos en ella. Parecía como si hiciera un siglo que no veía a la hermosa muchacha. Daphne Robbins estaba radiante con aquel vestido claro, que realzaba lo atractivo de sus piernas y de su busto.

—Oh, Daphne... ¿Qué tal va todo? —saludó distraído.

—Sin novedad. Pero... ¿qué le ocurre? Parece enfermo, Lee...

—No estoy seguro de no estarlo —admitió él—. Pasé una mala noche.

—Parece que fuese una semana entera lo que pasó mal. Esas ojeras, ese rostro demacrado... Mi querido amigo, me inquieta usted...

—No se alarme —trató de sonreír forzosamente Lee—. No estoy tan mal como parece. ¿Quiere tomar algo conmigo?

—Sí, pero algo que no sea té —asintió ella.

—Vamos, elegiremos algún sitio en Piccadilly Circus —la tomó por un brazo, y echó a andar con ella hacia la plaza. Entraron en un local bastante frecuentado, y tomaron una mesa distante del bullicio. Lee la contempló fijamente—. Creí que no quería volver a hablar conmigo, Daphne.

—Perdone lo de ayer. Estaba nerviosa. No acostumbro a intimar

demasiado, sobre todo después... después de lo sucedido en Primrose Hill. No debí decirle aquello. Le agradezco mucho lo que dijo. He adoptado precauciones. De eso quería hablarle precisamente ahora...

Hicieron una pausa. Un camarero les atendía. Ella pidió un refresco. Lee, un café con crema. Volvieron a quedarse solos. Él indagó:

—¿Tiene algo que contarme?

—Sí. Estoy asustada.

—¿Asustada? —Warren repitió la palabra con súbita extrañeza

—. ¿Por qué?

—Usted tuvo razón. Hay algo, no sé... Un peligro quizá. Me persiguen.

—¿Está segura? —Se inquietó ahora Lee vivamente—. ¿Quién la persigue?

—Lo ignoro totalmente. Pude comprobarlo anoche. Iba hacia mi casa. Crucé por Hyde Park para ganar tiempo. A la altura de Cumberland Gate, exactamente. Bien, pues oí pisadas tras de mí. Eché a correr, alarmada, cuando me volví y no vi a nadie. Noté que ese alguien también corría. Me detuve, con el corazón palpitándome. También los pasos se detuvieron. Empecé a aterrorizarme, porque era muy oscuro ya y no había nadie en las cercanías. Entonces, noté el crujido de arbustos cerca de mí. Tras un seto se movía una figura. Sentí casi físicamente sus invisibles ojos fijos en mí. Realmente angustiada, me jugué el todo por el todo. Lancé un agudo grito y eché a correr velozmente. Noté las pisadas rápidas tras el seto, el jadeo de alguien, no sé si furioso o fatigado... Luego, providencialmente, vi venir a dos agentes de la estación de policía de Hyde Park. Detuve mi carrera. Oí que los pasos se perdían a mi espalda, en la oscuridad del parque. Los agentes me miraron, se detuvieron, y uno me preguntó cortésmente qué me sucedía. No me gustan los policías, sobre todo desde entonces, pero me sentí aliviada al verles. Le respondí que había tenido miedo al pensar que me seguían. Ellos miraron en torno, tranquilizándose. No había nadie. Yo sabía que mi perseguidor se había marchado, pero no dije nada. Les di las gracias y seguí mi camino. Antes de eso, aquel amable agente me advirtió contra el peligro de caminar sola de noche por los parques de la ciudad, estando suelto por ahí el

Sanguinario.

—El *Sanguinario*... —repitió Lee, tenso. Alzó sus ojos huraños hacia ella—. De él quería hablarle, Daphne. Creo que anoche corrió un peligro mortal.

—¿Está seguro? —Se asustó ella.

—Totalmente. Era él quien la seguía por Hyde Park.

—¿Él? ¿Quién?

—El *Sanguinario*.

—¡Dios mío! —El rostro bello y juvenil de Daphne revelaba ahora temor, y había palidecido notablemente—. De modo que ya son dos peligros, según usted, los que me amenazan...

—No, no son dos, sino uno solo.

—Pero usted citó... el posible intento de asesinato manipulando mi coche... Y ahora habla de el *Sanguinario*...

—Son una misma cosa, Daphne.

—¿Qué?

—No puedo decirle más. Hay cosas que usted no entendería. Pero tengo motivos para sospechar que Jeremy Marlowe fue asesinado fingiendo un accidente de coche, porque sabía o sospechaba quién era el *Sanguinario*. Ahora, por la razón que sea, éste cree que usted también lo sabe, y quiere eliminarla, ya sea mediante un falso accidente, ya como víctima propiciatoria del *Sanguinario*, puesto que usted, como todas las que elige, es mujer, es joven... y acostumbra a ir sola.

—Cielos, ¿cómo puede saber usted todo eso, Lee? —se asombró ella.

Les sirvieron las consumiciones. Al irse el camarero, Lee respondió:

—Bástele saber que tengo razones poderosas para afirmarlo. Si realmente pudiera usted recordar, si hubiese algo más que ese simple libro que Marlowe le prestó...

—Pues no, no hay más, que yo recuerde —abrió su bolso—. Por cierto, le traía el volumen, por si quiere examinarlo. Es el que Marlowe me prestó, y ya nunca pude devolverle...

Le tendió un pequeño tomo en octavo, encuadernado en azul oscuro, con letras doradas. Lee lo tomó, distraído, hojeándolo con rapidez.

—Gracias —dijo—. Se lo devolveré. Tal vez contenga un

mensaje, aunque lo dudo...

—Yo no he visto ninguno —sonrió ella—. Y lo he leído completo. Ya sabe lo que hay en él: casos célebres de escritores famosos, tópicos de la novela anglosajona de intriga, mansiones siniestras, puertas secretas, pasadizos, nobles misteriosos, mayordomos imperturbables, detectives infalibles, solteronas metidas a policías, y cosas así.

Guardó el volumen en un bolsillo, y siguieron hablando en torno al *Sanguinario*.

Estaban precisamente sumidos en ese tema, cuando entró el vendedor de periódicos voceando su mercancía:

—¡Última edición, última edición especial! ¡Con el nuevo asesinato del *Sanguinario*, cometido ayer en Hyde Park! ¡Una bella muchacha degollada y mutilada, al regreso de sus clases nocturnas, cerca de Cumberland Gate! ¡Último crimen del *Sanguinario*, con todos sus detalles!

Lee Warren se apresuró a comprar el periódico, dirigiendo una mirada sombría y significativa a la joven compañera de mesa. Daphne Robbins, lívida como una muerta, contemplaba despavorida al vendedor de periódicos.

—Ya lo oyó —dijo sordamente Lee—. No fue usted... y el asesino buscó a otra para saciar su sed de sangre...

CAPÍTULO VIII

El siempre sereno e impasible Hastings abrió la puerta del edificio. Miró al recién llegado con sus ojos tranquilos y afables, carentes de emoción.

—Buenas tardes, señor Warren —saludó—. No hay ningún socio del club en estos momentos. Y el señor está ocupado...

—No importa, Hastings —suspiró Lee—. Dígale que estoy aquí, por si puede verme un momento. ¿Puedo pasar a la biblioteca y tomar algo?

—Por supuesto, señor —asintió el mayordomo—. ¿Jerez, *brandy*, alguna otra cosa...?

—Prefiero un oporto, gracias.

—Pase y siéntese —el servidor se hizo a un lado—. Pero no le garantizo que el señor pueda verle. Me dijo que estaría ocupado en sus estancias toda la tarde.

—No importa. Esperaré, por si puede concederme unos minutos; eso es todo, Hastings.

Pasó a la biblioteca y se acomodó en una butaca, junto a una mesa. Encendió la lámpara, y encendió un cigarrillo. Luego, extrajo el volumen que le entregara la joven, y se puso a leerlo tranquilamente, sin prisas.

Hastings le sirvió una copa de oporto, y manifestó con su aire imperturbable de siempre:

—Ya está avisado *lord* Peter de su presencia. No le asegura nada. Depende de su trabajo. Pero es posible que baje un momento algo más tarde. ¿Algo más, señor?

—No, Hastings, nada. Muchas gracias —pasó otra hoja, y se encaró con un capítulo del volumen, titulado «Los tópicos más utilizados en la vieja narrativa policiaca anglosajona». Observó un trazo de rotulador rojo, en un ángulo de la página, pero eso era todo. Cuando Hastings se hubo retirado con su silencioso caminar,

tomó una lente de aumento de encima de una repisa, acercándola a la página marcada en rojo.

No descubrió absolutamente nada. Era solamente lo que parecía ser: un trazo de rotulador, acaso hecho al azar en el ángulo superior de la página inicial de aquel capítulo. Comenzó la lectura para distraer la espera.

Ésta fue considerablemente larga. Estaba por el sexto capítulo del ensayo, cuando sonaron unas pisadas y *lord* Peter habló desde el umbral de la biblioteca:

—¿Quería verme, Warren?

Lee se volvió, cerrando el libro. Lo dejó sobre la mesa, y se puso en pie sin prisas. *Lord* Peter fumaba una pipa de tabaco aromático, y llevaba las manos hundidas en los bolsillos de su bata de seda. Parecía contrariado por su presencia.

—Sí —afirmó Lee—. Quería hablarle de algo.

—Supongo que ya le diría Hastings que tengo mucho trabajo y...

—Sí, me lo dijo todo. Aun así, quería verle.

—Bien. Ya me está viendo. ¿Qué es lo que quiere?

—Usted sabe por qué intervine en este juego, fingiéndome un criminal.

—Baker me contó algo de eso: el asunto del *Sanguinario*, ¿no?

—Exacto. No tenía nada personal contra usted.

—Ahora supongo que sí lo tiene. Me considera culpable indirecto de dos asesinatos, ¿no es cierto?

—En efecto. Baker los mató. Pero usted es el cerebro que planeó ese golpe. Sin embargo, sigue siendo más importante el *Sanguinario*.

—Usted sabe que ese criminal no forma parte de mi colección.

—Se equivoca. Es uno de ellos.

—No. No es cierto. Yo sabría eso, de ser así.

—Siempre hay alguien más listo que uno, *lord* Peter. Usted ha encontrado en esa persona la horma de su zapato. El *Sanguinario* es un loco que goza matando. Posee una inteligencia anormal, y se burla tanto de la policía como de usted mismo. Es uno de sus hombres. Eso, lo sabía Jeremy Marlowe. Por eso le mataron, fingiendo un accidente. Eso, lo sé yo ahora, como lo sabía el inspector Gregson. Y es preciso dar con él, terminar con su carrera de crímenes. Una cosa es que a usted le guste coleccionar delincuentes, y otra muy diferente que esta casa sirva de refugio a

un asesino loco, capaz de sumar más víctimas cada día.

—Yo no admito que ese demente esté aquí. Es sólo una teoría suya, Warren. Deme pruebas, y me encargaré personalmente de su ejecución inmediata, dentro de nuestro propio club.

—Pruebas... Si las tuviera, no me hubiese metido en este atolladero, *lord* Peter. Eso es precisamente lo que me hace falta: pruebas contra alguien.

—Al menos, sabrá contra quién... —Los ojos claros de *lord* Peter se fijaron en él fríamente.

—No, no lo sé —negó con aspereza Lee—, podría ser cualquiera. Incluso usted mismo.

—¿Sospecha de mí? —Enarcó las cejas el aristócrata, con gesto hermético.

—Sospecho de todo el mundo en esta casa. Sólo Daphne Robbins está el margen de toda sospecha.

—¿Por ser mujer? No olvide que existe una vieja teoría, aún sin comprobar, que mantiene que el famoso Jack el Destripador, pudo ser una mujer...

—Lo sé. No es cuestión de sexo, sin embargo.

—¿De qué, entonces? —Hubo malicia en sus pupilas—. ¿Es que siente usted debilidad por esa chica?

—Quizá. Pero tampoco ése es el motivo.

—Me está logrando intrigar, Warren.

—A ella también intentaron matarla. El accidente de coche que sufrió, fue provocado. Manipularon sus frenos. Anoche, intentaron asesinarla en Hyde Park. Era un merodeador oculto tras los setos, seguramente el propio *Sanguinario*.

—¿Y por qué intentar matar a la señorita Robbins? ¿Por ser mujer, como las demás víctimas de ese loco?

—No sólo eso: el asesino cree que ella sabe algo, que de una u otra forma, Marlowe le dijo lo que sabía o sospechaba. Lo cierto es que el criminal se equivoca. Ella no sabe nada. O si lo sabe, no tiene conciencia de ello.

—De modo que nadie sabe nada. ¿Cómo quiere convencerme así de que hay en mi club un hombre semejante?

—¿No va a ayudarme en la tarea de dar con él?

—No. En primer lugar, porque no creo en su teoría. En segundo lugar, porque ya no es tarea suya. Recuerde que Scotland Yard no

cree mucho en usted, ahora que Gregson no existe... Olvide al *Sanguinario*. Y piense en sí mismo. Si me llega a crear algún problema que haga peligrar mi persona o mi club... será hombre muerto, no lo olvide.

—¿Es su última palabra, *lord* Peter?

—Sí. La última. Si quiere volver a hablarme del asunto, recuerde: aporte pruebas de todo ello. Sólo entonces haría las cosas a mi modo. Ahora, buenas noches. Tengo mucho trabajo.

Se ausentó con paso altivo. Lee contempló su alada, espigada figura, enmarcada por el rojo oscuro de su bata. Regresó a la biblioteca. El cigarrillo se había consumido en el cenicero. Apuró la copa de vino y tomó el libro, guardándolo en su bolsillo.

Hastings apareció con su bandeja de plata, donde retiró cenicero y copa, siempre en silencio. Lee le miró, pensativo. De pronto, se le ocurrió algo:

—Hastings, ¿estuvieron ayer todos los miembros del club aquí, al atardecer?

—Un momento, señor —el mayordomo puso gesto meditativo, recordando algo—. Sí, casi todos ellos estuvieron hasta después de oscurecer.

—¿Casi todos? ¿Faltaba alguno?

—En efecto, señor. Usted, la señorita Robbins... y el señor Stuart.

Ned Stuart. Lee recordó. El joven actor cinematográfico de rostro atractivo. Le había visto en el salón de té, vigilándoles desde la acera. Debió salir tras ellos. Hastings tenía buena memoria.

—¿Nadie más?

—No, señor, nadie más —Hastings meneó la cabeza negativamente. Luego, rectificó—: Bueno, hubo otro miembro que se fue justamente cuando caía la tarde...

—¿Quién?

—*Sir* Alan Wilcox. Tuvo una discusión con *lord* Dorian. Ya sabe, ellos siempre andan igual. El doctor Christie les separó. Y *sir* Alan optó por marcharse.

Ya eran dos: Ned Stuart y *sir* Alan. El joven galán de cine y el noble que había violado y matado a una joven. ¿Pudo alguno de ellos estar en Hyde Park, siguiendo a Daphne después de oscurecido, con el propósito de asesinarla?

—Gracias, Hastings. ¿Seguro que no se marchó nadie más, aunque fuese algo más tarde? —inquirió Lee, sabiendo que hacían falta escasos minutos para ir de allí a Hyde Park en coche.

—Mientras yo estuve, no. Luego, al llegar mi hora, me marché, y ellos se quedaron aquí terminando sus consumiciones. Ignoro si tardarían poco o mucho en ausentarse. Tal vez *lord* Peter hubiera podido aclararle ese punto, señor...

—Dudo mucho que hubiera querido hacerlo. Gracias otra vez, amigo Hastings —Warren puso un billete en la mano del mayordomo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor —se despidió, respetuoso, el sirviente, acompañándole a la salida.

Lee subió a su automóvil. Lo puso en marcha con rapidez, tras poner en marcha el crono de su reloj. Condujo lo más veloz posible, tomando atajos por Berkeley Square, Mount Street y Park Lane, para salir directamente a Cumberland Gate, frente a Marble Arch.

Consultó el crono, deteniéndolo. Resopló.

—Sólo cuatro minutos y medio —dijo, admirado—. Mucho menos de lo que imaginé. Si el asesino quiso correr, pudo incluso irse a última hora, ya oscurecido. Cuando Daphne notó que era vigilada, ya era noche cerrada en el parque...

No había sacado gran cosa en limpio. Cualquiera podía haber ido allí, sabiendo que Daphne gustaba de ir andando a su casa por las proximidades de Hyde Park o cruzando el parque entre Cumberland Gate y Albert Gate. Pero sólo dos hombres tuvieron ocasión de esperarla allí agazapados, con todo el tiempo a su disposición: Ned Stuart y *sir* Alan Wilcox. Un joven actor homicida, y un violador y asesino...

—Es para volverse loco —masculló para sí Lee Warren, conduciendo ahora hacia su casa—. *Lord* Peter se niega a admitir la verdad. Él mismo revela ahora lo que realmente es: un enamorado del crimen. No le importa matar, si con ello mantiene su maldita colección humana... Pero sabe que yo sigo sin ser un auténtico asesino y, sin embargo, me conserva en su club. ¿Qué es lo que pretenderá realmente conmigo cuando pudo haberme entregado a la ley acusado de asesinato? ¿Pretende que yo no hable de la existencia de su monstruoso círculo? ¿O esto forma parte de algún otro diabólico juego de su mente enfermiza? A menos que él mismo

sea el *Sanguinario*...

No encontraba respuesta a tanto interrogante. Llegó a su casa y se preparó un par de huevos con *bacon*. No tenía demasiado apetito aún. Eso y una cerveza fue toda su cena. Luego, encendió un cigarrillo y continuó la lectura del libro.

Al final del mismo, seguía exactamente igual. No había sacado nada en claro. Ni el más mínimo rastro de mensaje, frase subrayada o clave oculta en el texto impreso. Aparte aquel trazo rojo, no había nada más en el libro. Incluso examinó las tapas, el lomo y las guardas, con idéntico resultado negativo.

—Nada... —masculló, furioso.

Volvió a abrir el libro por la página del trazo rojo aparentemente casual. De nuevo se absorbió en la lectura de los tópicos más tradicionales e inefables del género policiaco, especialmente el cultivado por los escritores de habla inglesa.

Y, de repente...

Se estremeció. Una idea fugaz pasó por su mente. Volvió atrás. Leyó dos, tres, hasta cuatro veces el mismo párrafo. Increíblemente, abrió sus ojos. No, no era posible que fuese aquello...

Inmediatamente tuvo que olvidar su repentina excitación, lo que podía ser el descubrimiento definitivo. Algo más apremiante e inmediato le obligó a ello.

Había alguien en su casa.

Lee estuvo seguro de que era un enemigo. Seguramente un asesino.

La puerta se abrió de súbito. Fue un golpe violento sobre la misma. Y una pistola automática con silenciador vomitó la muerte desde el umbral.

Fue una sorda llamarada, un sonido seco y casi inaudible, como un «plaf» duro y ominoso. La bala zumbó en el aire. Hubiera perforado limpiamente la cabeza de Lee Warren, de no tener éste la intuición precisa para detectar el peligro mortal. Así, cuando la bala brotó de la oscuridad de la habitación inmediata, él se había arrojado ya al suelo, tras su mesa, y el proyectil vibró sobre sus cabellos, hasta incrustarse en el frigorífico con un áspero desgarrido de metal.

Maldijo Lee entre dientes el estar en mangas de camisa, lejos de su revólver, que estaba en su chaqueta, fuera de su alcance. Tan

distante, que tenía que ir a otra habitación a recogerlo.

Rápido, volcó la mesa, con el plato de huevos y la lata de cerveza, situándola ante sí como parapeto, y rugiendo entre dientes:

—¡Maldito cobarde, te voy a volar la cabeza ahora mismo!

Era puro «farol», porque no disponía de su arma, pero eso no podía saberlo el intruso. Y aunque hubo otro balazo que se alojó en la pesada mesa, inmediatamente después oyó unas pisadas rápidas que se alejaban de allí, hacia la salida. Lee, presuroso, salió de su parapeto, y se precipitó a su dormitorio, para recoger la chaqueta con su arma. Empuñó el revólver, y corrió en pos del fugitivo, que ya le llevaba considerable delantera.

Cuando llegó al corredor, la puerta de la escalera dio un seco portazo. Warren se lanzó sobre ella, comprobando que el tipo se había llevado las llaves, y había dado una doble vuelta a la cerradura. Estaba encerrado allí dentro, mientras su agresor huía.

No se anduvo con rodeos. Apuntó a la cerradura, e hizo fuego. Retumbó su revólver estruendosamente, y la bala desgarró metal y madera, dejando el paso libre. Warren se precipitó a la escalera, sin importarle la alarma que provocase el estampido en el vecindario. Lo realmente importante, era coger al agresor.

Cuando llegó a la calle, el coche doblaba la esquina inmediata. Era un automóvil oscuro, que podía confundirse fácilmente con un taxi, pero bastante más ligero. Disparó de nuevo, sin contemplaciones, y la calle tranquila se llenó con el estruendo de la nueva detonación. Sin embargo, no alcanzó al fugitivo.

Corrió a la esquina. En la distancia, sonó el silbato de un policía. Otro respondió en el lado opuesto. Lee alcanzó a ver las luces traseras del coche, alejándose en la noche, como dos ojos escarlata. Apuntó e hizo fuego una vez más.

Se hizo añicos uno de aquellos círculos de luz roja, apagándose. Pero eso fue todo. Definitivamente, el automóvil negro se perdió de vista a toda velocidad, doblando otra esquina con un largo maullido de neumáticos.

Warren, jadeante, permaneció quieto, esperando a los *policemen*, cuya inconfundible silueta se recortaba ya a ambos lados de la calle. Alzó su mano armada y gritó con voz clara:

—No, no voy a disparar, no teman. Soy detective privado. Tengo licencia. Disparé porque fui atacado en mi casa por un asesino.

Suban conmigo, verán los impactos de sus balas.

Los policías, pese a todo, le rodearon, precavidos, exigiéndole la entrega del humeante revólver. Lee Warren hizo lo que le pedían. Luego, llegaron agentes especiales, y todos juntos subieron al piso de Lee, comprobando sus asertos.

—De todos modos, señor Warren, tendrá que venir con nosotros —dijo uno de los agentes—. El superintendente Russell se ocupa ahora de los asuntos criminales del difunto inspector Gregson. Será mejor que él le interrogue, señor...

Lee no objetó nada. Sabía que no era posible hacerlo. Pero también sabía que Scotland Yard no le vería ahora con buenos ojos. No era persona grata a la policía local, y no podía confiar demasiado en el nuevo encargado de Homicidios, el superintendente Russell.

CAPÍTULO IX

Era un hombre alto, vigoroso, de manos anchas y recias, rostro cuadrangular y cabello corto y erizado. Sus ojos grises tenían la frialdad y dureza del metal. No había cordialidad ni simpatía en su gesto mientras escuchaba el relato del hombre sentado frente a él.

Cuando Lee Warren hubo concluido su historia, el superintendente James Russell, de New Scotland Yard, Brigada de Homicidios, se limitó a echarse atrás en su butaca, entrelazar los dedos de ambas manos sobre la mesa y preguntar, incisivo:

—¿Quién era el agresor que allanó su morada, señor Warren?

—No lo sé. No llegué a verle bien. Estaba en el corredor oscuro. Y se cubría el rostro con un sombrero de ala echada hacia adelante, y una bufanda oscura hasta los ojos. Llevaba un gabán negro y muy oscuro, y las manos enguantadas. Es todo lo que pude ver en los escasos tres segundos en que nos enfrentamos.

—Pero sospechará de alguien...

—No, señor, de nadie.

—¿Intentaron matarle en su propia casa, y va a decirme que no tiene sospechas de persona alguna que tenga motivos para odiarle hasta ese punto?

—Un investigador privado, señor, tiene muchos enemigos. Pero hasta ahora, ninguno llegó tan lejos, la verdad.

—¿Se ocupa últimamente de algún caso en especial? —quiso saber el policía.

—No, señor —mintió fríamente Lee Warren—. Sólo de asuntos de poca monta. Ya sabe, divorcios, pesquisas comerciales, sospechas de infidelidad, informes confidenciales y todo eso.

—¿Nada de tipo criminal?

—No, nada —de soslayo, Lee observó que el sargento Baker, siempre hombre de confianza en el Yard, ordenaba fichas del archivo, a su espalda. Notó que la mirada del traidor policía

corrupto estaba fija en él, a través de una vidriera que le servía de espejo. Añadió entonces, audazmente—: Bueno, sí, tengo un caso entre manos, señor. Pero sólo a título personal, como simple aficionado.

El sargento Baker se envaró. El maldito asesino, pensó Warren, iba a pasar un mal rato ahora. Bien, se lo haría pasar. Aunque le trajera problemas con *lord* Peter.

—¿Qué asunto, señor Warren? —se interesó Russell.

—El Sanguinario —dijo, escueto.

—¡El *Sanguinario*! —repitió el superintendente con vivo interés—. ¿Por qué eso?

—Es lógico, señor. Como ciudadano, quiero que ese monstruo sea capturado. Que termine la pesadilla de las muchachas jóvenes al llegar la noche.

—¿Sólo eso?

—Además, es un reto. Si Scotland Yard no puede desenmascarar al criminal y cazarlo, ¿por qué no podría hacerlo un sencillo investigador privado?

—Bien. ¿Y qué ha conseguido con ello? —El escepticismo sonaba en la voz de su interlocutor.

—Bastante —sonrió enigmáticamente Lee Warren.

—¿Cómo? —Russell clavó en él sus ojos taladrantes. Baker dio un leve respingo a su espalda—. ¿Quiere decir... que ha conseguido realmente algo sobre el *Sanguinario*?

Un silencio mortal reinó en la estancia. El superintendente, acaso de modo mecánico, alzó la cabeza y miró fijamente a su colaborador, el sargento Baker. Luego, su mirada se centró exclusivamente en Warren. El sargento parecía en apuros.

—¿Bromea, Warren? —Se irritó el hombre de Scotland Yard con tono bronco.

—Jamás hablé tan en serio, señor. Si alguien intentó matarme esta noche, tuvo que ser el *Sanguinario*. Sospecha que yo le conozco. Y acierta. Hoy mismo descubrí su identidad.

—Tiene que revelarme ese detalle. Esté en lo cierto o no, exijo ese nombre.

—Bien —Lee sonrió, humedeciendo sus labios. Miró ostensiblemente a Baker—. Se lo diré, señor. Pero a solas. Es la única condición que impongo. Que sólo usted sepa quién es el

Sanguinario.

Dudó el superintendente un momento. Luego, alzó sus ojos hacia Baker.

—Sargento, salga un momento —pidió.

—Pero señor, tengo mucho trabajo archivando ahora, y... —La voz de Baker sonó apurada, mientras sus ojos se clavaron un instante, fríos y crueles, en Warren.

—No importa. Salga. Es una orden. No vuelva hasta que le llame. Y cierre la puerta.

—Sí, señor —de mala gana, Baker cerró el archivador y caminó hacia la salida del despacho. Cerró tras de sí. Lee comprobó que sus pasos se alejaban por el corredor, antes de que el superintendente insistiera—: Hable ahora, Warren. Le escucho.

Lee aún no habló. El reloj de la oficina policial marcaba ya las doce de la noche. Russell le miraba fijamente, a la espera. Warren suspiró. Y luego, habló con serenidad, jugándose el todo por el todo:

—Superintendente, ese hombre que ha salido es un asesino. El sargento Baker está comprado por el dinero de un aristócrata. Es un policía corrompido. Existe un Club de Asesinos en Londres, regido por ese aristócrata maníaco. Pues bien, aunque sé que usted no me creará una palabra, le diré que una persona de ese club... es el *Sanguinario*.

—Le creo —dijo inesperada, fríamente, la voz del superintendente Russell—. Le creo por completo, Warren.

Lee le miró, atónito. Era lo último que hubiera esperado oír. El gesto de Russell no revelaba ironía o burla. Por el contrario, se mostraba grave, severo, preocupado.

—¿Cómo?... —balbuceó—. Señor, yo mismo, puedo ser acusado de asesinato... Tienen falsas pruebas que me acusan de la muerte de Treadwell...

—Lo imaginaba —afirmó lentamente el policía—. Siga: ¿quién de ellos es el *Sanguinario*?

—Espere, se lo ruego... Lo sabrá enseguida... aunque sigo sin tener pruebas. Pero usted... ¿cómo es posible que usted crea en mí... una vez muertos Treadwell y Gregson, superintendente?

—Es sencillo —suspiró Russell, echándose atrás en su asiento. Por vez primera, en sus ojos había la luz de una sonrisa—. Un

asunto tan delicado, no podía en modo alguno quedar reducido a dos hombres solamente. Gregson entendió que si algo les ocurría a él o a Treadwell —o a ambos a la vez, como tristemente sucedió—, alguien debía conocer la verdad. Me dejó una carta lacrada, para ser abierta por mí, sólo en caso de fallecimiento suyo. Así lo hice, a pesar de que él, ya moribundo, pero no muerto, como creyó su asesino, logró hablar conmigo unos momentos en el quirófano. Citó el nombre de Baker... y el sobre sellado. Me dijo que le ayudara a usted y confiara ciegamente en su honradez y sinceridad. Luego... murió.

—Dios mío... —Lee se pasó una mano por el rostro, respirando con alivio—. Pensar que llegué a creerme acosado, aniquilado... Y usted lo sabía todo... Pobre Gregson. Su muerte merece ser castigada. Fue él, Baker, quien...

—Lo sé. Él lo dijo. Pero preferí dejar que él mismo se ahorcara, dándole cuerda. Ahora, dígame: ¿de verdad sabe ya quién es el *Sanguinario*, de entre esos raros ejemplares del crimen que me citaba Gregson en su carta?

—Sí, señor. Lo sé. Lo averigüé anoche, antes de ser atacado. Por una simple mención en un libro... Luego, al ser atacado estuve más seguro que nunca.

—¿Por qué?

—Porque el *Sanguinario* está convencido de que sospecho de él. Eso le acusa de un modo seguro. Sólo una persona en Londres podría saber lo suficiente para creerme enterado de la verdad o, cuando menos, buscándola muy cerca...

—¿Y esa persona es...?

Se lo dijo.

En ese momento, cuando aún no había salido de su sorpresa, sonó el teléfono de su mesa. Descolgó.

—¿Sí? Superintendente Russell, encargado de Homicidios provisionalmente. ¿Quién es usted? ¿Daphne Robbins? —Lee Warren pegó un respingo—. Sí, entiendo. Sí, señorita... Muy bien. Iremos en su busca enseguida. Sí, tendré en cuenta que se ha ofrecido usted misma para entregarse a nosotros y confesar su homicidio... No tema nada. Espérenos y... ¡Señorita Robbins! ¡Escuche! ¿Dónde vive usted para ir a...?

—¿Qué ocurre? —indagó Lee, muy pálido, irguiéndose.

—Esa mujer que llamaba —Russell colgó, disponiéndose a marcar un número— quiere confesar un homicidio y entregarse. Se cortó la comunicación antes de que terminase... Fue un corte brusco. No colgó ella. Se interrumpió la línea. Pediré que localicen su dirección y...

—¡No hace falta! —aulló Warren—. ¡Sé dónde vive! ¡Vamos, pronto, superintendente! ¡Me temo que sé quién ha cortado esa línea telefónica!

—¿Quién? —masculló el policía, saltando en su interior.

—Pudieron ser dos personas: *Lord Peter*... o el *Sanguinario*.

—¡Vamos, pronto! —corrió hacia la salida, y antes de abandonar el Yard, se detuvo a hablar con un inspector. Le ordenó, tajante—: Arresten al sargento Baker. Es sospechoso de asesinato. Luego me ocuparé de él.

Y dejando al inspector con la boca abierta, salió disparado del edificio, en compañía de Lee Warren. Por el camino, mientras el coche oficial atravesaba la noche londinense haciendo sonar su sirena, usó el radioteléfono para comunicar con otras patrullas, dándoles la dirección que Warren les facilitó.

—Ahora, Dios quiera que aún sea tiempo —murmuró Lee entre dientes, fervoroso.

Daphne Robbins miró fijamente, con gesto de terror, a su visitante.

—*Lord Peter*... —gimió—. ¿Qué... qué hace usted aquí, en mi casa?

—Mi querida señorita Robbins, creo que tengo derecho a visitar cuando lo desee a mis muy queridos amigos del club que regento. ¿O no es así?

—Sí, pero... —Ella tragó saliva, dando unos pasos atrás, bajo la helada mirada de aquellos ojos azules e implacables, fijos en ella—. A estas horas...

—¿Por qué llamó usted, precisamente a estas horas a Scotland Yard, señorita Robbins? —Fue la meliflua pregunta del aristócrata, cuyas manos enguantadas parecían dos cuervos amenazadores, agitándose en el aire de la salita.

—Eso no es cierto. Usted está en un error, *lord Peter*... —argumentó ella desesperadamente.

—Vamos, vamos, señorita Robbins —sonrió malignamente lord

Peter—. Últimamente he observado que intimó en exceso con uno de nuestros miembros, el señor Warren. Y eso no es bueno. No conviene al club. Ni a mí.

—Nadie me podía prohibir tal cosa. No rompe las normas del club, usted no me lo censuró siquiera...

—Pero, señorita Robbins, tenga en cuenta que ese hombre, Lee Warren, no es lo que parece. Él no es un asesino, como usted y como los demás.

—¿Qué... qué dice? —jadeó ella, asombrada.

—Es un policía. Un maldito policía que trabaja de acuerdo con Scotland Yard para descubrir algo. Pero todo eso lo único que lograría es hundirme y destruir mi club. Algo que no estoy dispuesto a tolerar en modo alguno, ¿comprende? De modo que las cosas no van a pasar de aquí.

—Pero... pero él nunca me dijo que no fuese lo que parece. Yo no podía saber...

—Claro. Usted no podía saber, señorita Robbins. Pero usted acaba de telefonar a Scotland Yard. ¿Por qué?

—Usted... usted ha sido el que... cortó la comunicación... —musitó Daphne, angustiada, siempre retrocediendo, mientras el aristócrata avanzaba implacable hacia ella.

—Claro, querida. ¿Por qué hizo tal cosa?

—Quiero terminar de una vez... ¡No deseo seguir siendo su víctima ni un día más, *lord* Peter! —clamó la joven en un repentino acceso de rebeldía—. Estoy harta. Harta de todo. Esto no es vivir. Fingir que no ha ocurrido nada, continuar todo como si tal cosa, sabiendo que soy responsable de la muerte de un hombre, que tengo una deuda con la Justicia... Tengo sueños, pesadillas, sufro. Cosas que usted no puede comprar con su dinero, *lord* Peter. Deseo entregarme, ser juzgada, purgar lo que hice... y sentirme luego limpia, diferente... Ser yo de nuevo. Mejor o peor, pero yo misma.

—Maldita desgraciada... —masculló el aristócrata, perdiendo la compostura. La miró colérico, apretando los labios con ira—. ¡Por su maldito y absurdo capricho, por su estúpida conciencia, va a derribar toda mi obra, va a conseguir que la policía meta las narices en mi club y lo destruya todo! ¿Espera que yo me cruce de brazos a ver cómo termina su obra?

—No... no diré nada de usted, si es preciso mentiré... pero me

entregaré.

—Escuche, los del Yard no son imbéciles. La interrogarán una y otra vez, hasta que confiese cómo consiguió una coartada, hasta que mi nombre se vea mezclado en todo ello. Y entonces le sonsacarán el resto, pactarán con usted, para que a cambio de su confesión completa, le reduzcan la pena. Usted saldría libre con poco tiempo de prisión, y tanto yo como los demás, nos pudriríamos en una penitenciaría, por el resto de nuestras vidas. No, señorita Robbins. No va a hacer nada de eso. Ya me temía algo así. Por eso hice vigilar estrechamente su casa, sus movimientos, su teléfono... Mi gente cortó la línea en el momento preciso. Ahora, tengo que dejar resuelto esto para siempre. Definitivamente.

—¿Qué... qué va a hacer? —gimió Daphne, en el colmo de su inquietud y temor.

—No me deja otro camino. Fingiré un suicidio. Usted telefoneó al Yard, luego se sintió llena de remordimientos, de desesperación... y se mató.

—¡No! —Chilló la joven, horrorizada—. ¡Eso no!

—Tengo que hacerlo, compéndalo —suspiró *lord* Peter—. Tengo que hacerlo, amiga mía. No sufrirá, tiene mi palabra.

—¡No quiero morir!

—Es tarde para pensar en otra cosa. Usted misma se sentenció. Lamentaré su baja definitiva en mi club, Daphne Robbins.

Y sus manos enguantadas extrajeron una pequeña pistola plateada, de cachas de nácar, algo que parecía un juguete, pero que resultaba igualmente mortífera a poca distancia. La idea de *lord* Peter, evidentemente, era disparar contra el cráneo de la joven, y luego poner el arma en sus dedos. Para todo el mundo, no podría ser otra cosa que suicidio. La línea telefónica sería restaurada, y no quedaría huella alguna del hecho criminal.

Pero Daphne era una joven fuerte y animosa. Y, sobre todo, estaba luchando por su vida desesperadamente. Quizá porque nunca se resignaba a ser víctima de alguien como le ocurriera aquella noche trágica en Primrose Hill. Entonces, un hombre quería violarla. Ahora, un hombre quería asesinarla. En ambas ocasiones luchó.

Su reacción fue tan fulminante y vigorosa, que sorprendió a *lord* Peter. Éste se fue contra el muro cuando ella se agachó y se lanzó

disparada hacia adelante, haciendo impacto con su cabeza en el estómago del aristócrata. No demasiado fuerte físicamente, el cuerpo delgado y grácil de *lord* Peter Dunham salió despedido contra el muro, y de allí fue al suelo, perdiendo su pequeña pistola de lujo bajo un mueble.

Farfulló algo, furioso, buscando el arma, mientras Daphne Robbins corría velozmente hacia la calle, escaleras abajo. Observó, aliviada, que *lord* Peter no la perseguía aún. Era una ventaja que podía resultar decisiva.

Estaba ya casi en el rellano inferior, cuando vio al otro hombre.

Sobrecogida, se detuvo con un gemido ronco, llevándose las manos a la boca, y clavando sus aterrorizados ojos en él. Luego, le identificó, y un suspiro de alivio escapó de su garganta.

—Oh, es usted... —musitó—. Me había asustado... Usted no me hará daño, ¿no es cierto? Déjeme pasar, por favor. *Lord* Peter está como loco, quiere matarme...

—Lo siento, señorita Robbins —contestó gravemente el hombre de la escalera—. Yo también quiero matarla.

—¿Qué... qué está diciendo? —jadeó ella, aterrorizada—. ¿Usted... es cómplice de *lord* Peter en un crimen?

—No, no lo ha entendido —sonrió tristemente su interlocutor, avanzando hacia ella mientras su mano enguantada extraía de debajo del negro abrigo un largo cuchillo carnicero, de afilada hoja—. Ya lo intenté otra vez, en Hyde Park... Y anteriormente al manipular en los frenos de su coche...

—¡No, Dios mío! —sollozó ella, aterrada—. ¡Usted no puede ser... no puede ser... El *Sanguinario*!

—Al fin entendió —exhaló un suspiro el hombre, que la tenía acorralada contra el muro de la escalera—. Sí, señorita Robbins. Soy el *Sanguinario*, y tengo que matarla... Usted acabaría dándose cuenta de cuál era el mensaje de Jeremy Marlowe... como su amigo Warren lo ha averiguado hoy, sin duda, leyendo ese maldito libro...

Y el cuchillo centelleante, de aguda hoja, se alzó en el aire, con inusitada violencia, para caer después sobre el cuello de Daphne Robbins...

El disparo abatió en el momento preciso al *Sanguinario*.

Daphne lanzó un largo grito de horror, que se quebró al sonar el disparo, y se convirtió en un sollozo cuando el temible asesino de

las noches de Londres cayó a sus pies con la cabeza destrozada de un balazo certero.

Luego, todo se precipitó. Por la puerta de la casa, entraron varios hombres, algunos de ellos de uniforme, otros de paisano, armados de revólver reglamentario. Y, con ellos, Lee Warren, también armado.

—¡Lee, oh, Lee! —sollozó la joven, arrojándose en sus brazos impulsivamente—. ¡Era él, el *Sanguinario*...!

—Lo sé, lo sé, querida... —suspiró Warren, acogiendo tiernamente a la muchacha contra sí, y acariciando sus cabellos con emoción—. Sabía quién era ya... Ese libro me dio al fin la clave... También a mi intentó matarme. Vamos, serénese, ahora ya ha pasado todo...

—Arriba... —señaló a lo alto de la escalera—. Arriba, en mi piso, está *lord* Peter... Él también intentó matarme, fingir un suicidio... quería salvar su club, salvarse él...

—No se preocupe —era ahora el superintendente Russell quién hablaba, iniciando el ascenso con sus hombres—. De ese peligroso chiflado nos ocuparemos nosotros en lo sucesivo. Éste es el fin del Club del Crimen, señorita Robbins. Pero de gracias a Lee Warren por haber salvado su vida. Él sabía su dirección... y él nos condujo aquí.

—Gracias, Lee... —susurró ella, entre sollozos—. También yo... he terminado junto con el club. La policía debe de saber que soy culpable de... de homicidio...

—Lo saben —sonrió Lee, sin dejar de acariciarla—. Pero tu caso ofrece muchas posibilidades a la defensa. Además, has contribuido a acabar con *lord* Peter y su locura. Y también con el *Sanguinario*. El fiscal va a ser comprensivo con tu caso. Es buen amigo del superintendente, y no se ensaña con las víctimas de las circunstancias como tú. El superintendente Russell calcula que no pasarás más de un año presa... Eso, suponiendo que no consigan una condena leve que puedas pasar ya en libertad condicional. Pero en ambos casos, Daphne... yo estaré esperándote. Me tendrás a tu lado, si me necesitas.

—Oh, Lee, te necesitaré más que nunca. Necesitaré a alguien que me apoye... y tú eres el único en quien confío... —Miró angustiada todavía el cuerpo sin vida del *Sanguinario*, y musitó—:

¿Cómo... cómo supiste... que era él?

—El libro, Daphne. Realmente, Marlowe te dejó su mensaje, por si algo le ocurría. Un determinado capítulo, un trazo en rojo indicador... Y un texto determinado de ese volumen... Él lo supo esta noche, cuando me vio el libro. Creyó que estaba investigando y que lo había descubierto todo. Pero entonces aún no había llegado a ninguna conclusión. Justamente cuando llegué a ella, él intentó asesinarme en mi casa. Y eso confirmó mis sospechas, porque sólo él había visto el libro en mis manos. Ahora hemos visto abajo su coche... con una luz trasera rota. Yo la rompí de un balazo, al perseguir esta noche a mi agresor. Era la evidencia de que faltaba.

—Dios mío... —musitó ella—. No había nadie que fuese inocente en el Club del Crimen. El más inocente en apariencia... era más culpable que todos juntos.

—Sí, Daphne —suspiró Lee Warren, conduciéndola suavemente hacia la calle, mientras allá arriba se oía gritar histéricamente a *lord* Peter Dunham cuando era aprehendido por la policía—. Así son las cosas a veces. Creo que era un ambiente que podía contaminar a cualquiera. O tal vez el germen de la demencia criminal estuviera ya en la mente enferma de este hombre, el *Sanguinario*. Eso es algo que ya jamás podremos saber. De lo que no hay duda, es de que este misterio les parecerá a muchos muy poco original en su desenlace. A fin de cuentas, era uno de los grandes tópicos de la novela anglosajona de misterio, el que más se citaba en ese libro de Jeremy Marlowe... ¿Qué tópico más ingenuo y usado existió jamás que aquél de que EL MAYORDOMO ES EL ASESINO? Y, una vez más, realmente, el mayordomo era el asesino. El bueno de Hastings... era el *Sanguinario* en persona, ya lo viste. Y ése, justamente, era el mensaje oculto en un libro aparentemente inocente... Ahora, Daphne, vamos de aquí. La pesadilla ha terminado para todos, querida...

La joven, apoyada en él, caminó dócilmente hacia la salida. Una vez en la calle, miró al cielo, singularmente estrellado sobre Londres en esta noche algo fría. Respiró hondo. El aire llenó sus pulmones. Sus ojos brillantes y húmedos miraron a Lee muy de cerca.

—Sí, Lee, vamos —susurró—. Y, por favor, no me abandones a partir de ahora. Voy a necesitarte mucho...

—No tienes que pedírmelo —sonrió Warren—. Me tendrás a tu lado en todo instante. Pero no temas nada. Todo va a terminar bien para nosotros, ya lo verás. Tu conciencia quedará limpia, porque de nada has de arrepentirte. Y empezará una nueva vida...

—¿Sabes, Lee? Creo que esa nueva vida... ha empezado ya.

Y, ciertamente, la súbita sonrisa que iluminó el antes entristecido semblante de Daphne Robbins, así parecía darlo a entender.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Téngase en cuenta que Club del Crimen, en inglés, se escribe Murder Club; de ahí las iniciales M. C. que el autor cita, bordadas en las mantelerías. (N. del E.). < <

[2] En Londres, actualmente, muchas son las *pubs* que sirven bebidas alcohólicas durante el día, contra las normas de otros tiempos. Pero casi todas —por no decir todas— cierran su servicio entre las tres y las cinco de la tarde. (N. del A.). < <

[3] Penthouse, en Inglaterra, como *Playboy* en Estados Unidos, es la revista erótica de más venta. Actualmente, también se encuentra en España. (N. del E.). < <

[4] Boots Chemists Ltd... en Piccadilly Circus, permanece abierta toda la noche para expender medicamentos con o sin receta. (N. del A.). < <